

M A N U E L L O P E Z P E R E Z

EL VIEJO MORALES



MORELIA, MICHOACÁN, 1966

LOPEZ PEREZ MANUEL. — Literato y Maestro. Nació en la población de Santa Fé del Río, municipalidad de Penjamillo, el 29 de octubre de 1910. Con escasos estudios de primaria, ingresó al Seminario de Morelia, de donde salió en 1925, para inscribirse en la Escuela Normal para Maestros, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en la que presentó su examen recepcional el 17 de diciembre de 1931. Ha sido Inspector General de Escuelas Particulares en el Estado, Jefe del Departamento de Escuelas "Artículo 123", Director del Periódico Oficial. En la presente Administración, fue Secretario General del Comité Directivo Estatal del PRI, y actualmente es Jefe del Departamento de Coordinación General de Actividades Educativas y Culturales.

En Guanajuato, bajo Melchor Ortega, fue Jefe del Departamento de Acción Cívica y Orientación socialista e Inspector Escolar en las zonas de León y Celaya. En la Ciudad de México, durante ocho años, sirvió a la Universidad Nacional Autónoma, como maestro en las dependencias del Departamento de Acción Social. En el Estado de México, bajo Isidro Fabela, dirigió **El Demócrata**, periódico del Gobierno, y atendió en la Universidad las cátedras de Introducción a la Filosofía e Historia General de la Pedagogía, durante el tiempo que dirigió tal institución el señor Licenciado Adolfo López Mateos, quien, posteriormente, al hacerse cargo del Ejecutivo de la Nación, lo nombró asesor de la Presidencia de la República.

Desde muy joven ha dirigido periódicos y colaborado en diversas publicaciones. Es poeta y magnífico escritor; tiene grandes dotes oratorias y en su época estudiantil, fue campeón en 1929.

(Continúa en la siguiente solapa).

Derechos Registrados
Conforme a la Ley.

MANUEL LOPEZ PEREZ

EL "VIEJO"
MORALES

Morelia, Mich.

MCMLXVI

A mis contemporáneos universitarios

—1926-1931—

CONFESION DE MI CULPA

En el año de 1924, era yo huésped de la familia Silvestre, y nunca se agotará mi reconocimiento para ella por el paternal afecto que me demostraron los viejos —Pedro y su esposa Rosario— y el fraternal cariño de que fui objeto por parte de sus hijos: Pedro, Jesús, Josefina, María y Nacha, enumerados en orden de edades, de menor a mayor. Era una familia ejemplar: cristiana en sus ideas, en sus sentimientos, en su conducta, y aunque su fe no era lo que se llama una fe ilustrada, tendía a ello y por eso era tolerante. En aquella casa se trabajaba duro y mucho, sin más excepciones que las que imponía la enfermedad, la edad o las urgencias del trabajo escolar, pues todos los hijos iban a la escuela.

¡Pedro y Chayo! ¡Cómo quisiera yo padres así para tantos niños de mi patria que no gozaron la suerte de tenerlos buenos! El fue —ay, ya se ha ido— un hombre sencillo, sin mas ambición que la de la paz en su conciencia. Fiel a las costumbres de su tiempo, quería en su mesa humilde los elementales guisos campesinos, y sobre su cuerpo el indumento del trabajo, rural primero y urbano después, en que se mezclaban los “huaraches” de correa, en un extremo; en el otro, el sombrero de fieltro, casi charro, de anchas alas, copa de pilón —notas del sedimento campirano—, y el

pantalón conjugándose con un ceñido chaleco— notas de la influencia citadina. Día llegó en que con verdadero sacrificio, no exento de íntimo disgusto, tuviera que conceder un triunfo breve á los zapatos sobre los huaraches y que al chaleco se agregara el saco —en un terno nuevo— sustituyendo el sombrero de la faena diaria por la *gorra chiquita* que le parecía ridícula. Tales conquistas escolares en que intervenía cualquiera de sus hijos. Naturalmente que el triunfo en estas célebres batallas domésticas hay que acreditarlo a Doña Chayo.

Qué gran mujer fue esta michoacana. Inteligente, reflexiva y con acerada voluntad. Cuando vió, a poco de nacer la primogénita, que en nuestro pueblo no habría ocasión de progreso para su descendencia que presentía numerosa, urgió a su marido para que se trasladaran a Morelia, consiguiéndolo con sus maneras persuasivas, pues era una gran razonadora que daba a sus argumentos la claridad meridiana que venía de su inteligencia y el tono de convicción que provenía de su voluntad. Poco después de llegar a la capital michoacana, el gran sentido práctico de doña Chayo descubrió el oficio a que debían dedicarse, y en la puerta de su vecindad, primero, y en un puesto del Mercado de San Agustín, después, los morelianos pudieron almorzar con el mejor menudo que manos especializadas hayan podido preparar jamás. En este y de este negocio vivía la familia y nunca se avergonzó de él, *porque todo trabajo, si es honrado, merece respeto*, según enseñó doña Chayo a los suyos.

La vida doméstica era laboriosa, pero alegre. Por las noches, en la salita de la casa que el matrimonio había logrado adquirir, se reunía la familia con los escasos amigos que merecían la entrada en aquel hogar. Había inocentes juegos de baraja —*burro, perica, siete y medio*— con apuestas de granos de maíz; juegos de prendas, al final de los cuales se disfrutaba con los *castigos*. ¡Cómo recuerdo aquella salita!

María y yo éramos los menos alegres, y probablemente tal gravedad provenía de nuestro raquitismo, quizá de las lecturas de los novelones de Xavier de Montepín, las hermosas novelas de Dumas; tal vez nos había impresionado el famoso libro de Isaacs que lleva el nombre de mi amiga. Además, yo era seminarista desde 1921

(y lo fui hasta 1926 en que me matriculó don Melesio Moreno en la Universidad) y andaban seguramente revueltas en mis melancolías, mi falta de vocación de la que derivaban el horror por misas y rezos, mi aversión a la disciplina y la nostalgia de mi pueblo, donde había dejado mis familiares, mi roquete de monaguillo, la aureola de *niño prodigio* que en su bondad, toda simpatía para mí, había creado mi maestra de tercer año de primaria, y la novia que me escribía cartas de imposible lectura para los ojos, pero de significación diáfana para mis poderes adivinatorios que me hacían ver a la autora de tan enrevesadas epístolas —excompañera de escuela— como una ondina del Lerma, avatar de un rayo de luna que cayera en las aguas, embrujado por la música de la corriente.

Los domingos o días festivos en que no asistía yo al Colegio, charlaba con las muchachas en aquella salita: me contaron entonces los amores de Amparo H. con Honorato, de Nacha con Antero, de María con un homónimo del filósofo Samuel Ramos. Eran horas íntimas en que si la confidencia no era comprendida por alguno, la actitud adecuada era callar, explayándose en cambio, si el asunto entraba en las jurisdicciones de la experiencia personal respectiva.

Juró amarme un hombre sin miedo a la muerte,
sus negros ojazos en mi almā clavó.

—Tu amor es mi sino, tu amor es mi suerte,
tu amor es mi dicha, —me dijo, y juró.

Era ésta una canción que le agradaba mucho a María, y con frecuencia la entonaba, lo mismo que aquella que se inicia así:

Conocí a una linda morenita y la quise mucho,
por las tardes iba enamorado y cariñoso a verla
y al contemplar sus ojos mi pasión crecía...

Nacha prefería melodías bailables —foxes, danzones y tangos—.

—Serio de las cosas—solía decir,— yo me muero por una victrolita. (Cuando obtuvo el título de maestra, le regaló una mi gran amigo don Luis G. Cerda quien fue su padrino de examen, y entonces nos poníamos casi en éxtasis oyendo *Cartera Vieja* y *Guitarras que lloran*).

Josefina y yo nos habíamos pronunciado, sin diferir demasiado de los demás gustos, por *Boda Negra*, *El Rosal Enfermo* y *Las Golondrinas*: la primera es un pasillo colombiano, la segunda, también, pero del mexicano Ricardo Palmerín y la tercera, con letra del gran poeta yucateco Rosado Vega (don Luis), y música del exquisito don Ricardo, el célebre autor de *Peregrina*, canción con que el Aguila Maya, Felipe Carrillo Puerto, quiso homenajear —ay, sin fortuna— la belleza de Alma Reed.

Un día enfermó Pedrito, rápidamente se fue agravando y por fin, a pesar de todos los esfuerzos médicos que se le dedicaron, murió. Aquella familia asimiló el golpe con estoicismo indio, dándole a la muerte del inocente el consolador sentido cristiano. En las caras de los viejos, y más en las de los jóvenes, dejó su huella el impacto tremendo, como una línea más, casi imperceptible, en las fisonomías; pero, por dentro, aquel dolor se sublimó en la renuncia, en el sacrificio que se ofrece a Dios, porque al fin y al cabo “de él había venido el hijo adorado, y a él había vuelto cumpliendo designios altísimos”. En su sencillez, aquellas gentes sintieron lo que el poeta había expresado:

“... ¿te hacía falta, señor, alguna estrella
o un angel en el cielo?...”

Algún tiempo después, volvieron las costumbres descritas: el marido, temprano, se iba al rastro a comprar sus *panzas*, después de dejar a su esposa con el equipo de ollas, platos y demás menesteres, en el mercado; a las once, regresaba con don Abundio, ambos cargando en sus *maromas* las pesadas piezas que empezaban a ser trabajadas desde esa hora, por doña Rosario que ya había vuelto de la plaza (el *menudo* es almuerzo tempranero) y el personal disponible de la familia. El trabajo medioterminaba cuando se ponía la carne a cocer y se tenía ya molido el chile para *guisar*, operación que se efectuaba a aquello de las tres y media de la mañana, apenas transcurridas unas dos horas de descanso. Así se luchaba en aquella casa, sin quejas por la fatiga, con una resignada alegría matizada con las prácticas religiosas.

En cuanto a diversiones, sobriedad casi absoluta. Rara vez al circo, más rara vez al teatro (cuando había representaciones con asunto religioso) y todavía en más raras ocasiones, cinematógrafo (cuando por actuar Novarro o Valentino, las muchachas se sen-

tían morir en el afán de *verlos trabajar*, y mi habilidad diplomática —que nunca ha valido gran cosa— tomada por doña Chayo como un simple pretexto para consentir, fructificaba en un permiso, obtención que se me celebraba haciéndoseme un préstamo suficiente para mi entrada. Había temporadas en que nos daba por salir de madrugada hacia el *Parque Juárez* o hacia el *Bosque* para hacer ejercicio (en esto se reflejaba algún consejo inocente de los respectivos maestros de cultura física). Fuera de estas excursiones, en que yo era el jefe designado por la confianza de los viejos, casi nunca paseábamos ni hacíamos visitas, a no ser que fuera vigilia (el trabajo de la casa se suspendía por estar prescrita la abstinencia de carne) y que con ella coincidiera una invitación comprometedora por la calidad —seriedad y buenas costumbres— del invitante. A quienes se admitía en aquella casa, ya he dicho, cómo se les atendía, y las cándidas diversiones a que nos dedicábamos en la salita.

Pues bien, en una reunión nocturna de aquellas en que jugábamos brisca de balde o siete y medio, con granos de maíz para apostar, oí hablar, por primera vez, de JOSE MORALES CONTRERAS, pero hasta dos años más tarde lo conocería plenamente.

Aquella noche nos entreteníamos en un juego de prendas. Era la hora del *rescate*, y entre las renuencias de los hombres y el hacerse del rogar de las mujeres, habíamos disfrutado ya de varios *castigos*.

—A ver, Perico, —le decía Antonio Vargas a Pedro Pérez Villalobos (muchos años después sería mi compadre) — no seas face-to y recítanos ahora *La Balada del Río*.

Esta era la tercera vez que Pérez declamaba versos que le obligaban a aprender en su clase de Español que llevaba en La Normal con el maestro Romero Flores. Primero, había dicho el *Nocturno a Rosario*, recalcando el muy ladino lo de *Rosario* para halagar a la madre de Nacho, ya que a ésta le andaba queriendo *cantar*; luego, a solicitud de María que le prestó el libro de Isaacs para que leyera, pues pretextaba olvido de la composición, hizo sonar la romántica estrofa de *Las Hadas*:

“Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan su laúd;

ellas me han dicho que conmigo sueñas,
que me harán inmortal si me amas tú”.

Como quería Vargas, que inspiraba a Pérez cierto temor, según se decía entre los compañeros de ambos en la casa de Asistencia de Nacha Andrade, el bonachón Perico se soltó las primeras sextillas del inmortal poema de Julio Flórez:

Al monte, al valle y al río,
¿en dónde está el amor mío,
en dónde está?— pregunté.
Monte y valle enmudecieron
y como no respondieron,
murmuró el río: yo sé.

—La que te amó tanto, inerte
sobre mis arenas duerme
debajo de aquel bambú;
¡pero es mía: en su despecho,
vino a arrojarse en mi lecho
cuando la olvidaste tú!

A los rayos de la luna,
parece una ondina, una
ondina que esparce luz;
con mi arena le he formado
un cementerio, un cercado,
una losa y una cruz.

Aquí se le olvidó el poema a Pérez y empezó a repetir:
Parece una ondina, una
ondina...
Parece una ondina...

—Pareces un discípulo de don *Pipeto* o de Jerónimo *El Burrón*, —interrumpió Alvaro Ortiz riendo, mientras Pedro se sentaba disimulando su corrimiento muy explicable.

Vargas hizo coro:

—Ay, Pedro, ya estás imitando al amigo aquel de la Sabatina.

—Ese es paisano de Jerónimo, —agregué yo.

—Yo intento algo artístico, —reaccionó, al fin, Pérez dirigién-
Yo intento algo artístico, —reaccionó, al fin, Pérez, dirigién-

de caballos y de bravuras. Sólo te ha faltado decir que anduviste con Chávez García.

—¡Balón, Señor de Balón, —dijo Antonio inclinándose ante Pérez que seriamente disgustado por aquel terminajo que aludía a su gordura, le dijo secamente:

—¡Vámonos a la calle!

—Bueno, muchachos, —desvió hábilmente doña Chayo— como casi no entiendo de lo que hablan, quiero preguntarles: ¿quién es ese don Pipeto?

—Ay, mamá, —intervino Nacha— ya otras veces te he contado que es un estudiante de San Nicolás, ya mayorcito...

—De la edad de Anguiano, señora, —interrumpió Vargas.

—Yo no tengo edad —respondió oratoriamente Victoriano— nací como mi raza tarasca, bajo signos de eternidad.

—La eternidad no tiene nacimiento —refutó Alvaro.

Yo no dije eso, —contrarreplicó el futuro orador cardenista.

—¡Bueno, no me interrumpen, —rogó Nacha— don Pipeto, joven o viejo, tiene fama de inocente y cuando estudia los apuntes de prácticas de Química lo hace más o menos así: Se toma un tubo, se toma un tubo, se toma un tubo; se le conecta, se le conecta, se le conecta; con una, con una, con una; probeta, probeta, probeta. Luego, cuando quiere decir esto de corrido, encuentra con que se le olvidaron las primeras palabras y vuelve a su sistema de repeticiones.

—Te están aludiendo, Pedro —picó Vargas.

Peño doña Chayo estaba al quite:

—Ahora díganme algo del *Burrón*.

—Es un señor que efectivamente se llama Jerónimo. Siendo suplente de un diputado que murió, pudo entrar a la Cámara. Cuando se velaba el cadáver del representante expropietario, Jerónimo pronunció una oración fúnebre que más o menos fue ésta:

“Fulano:

No son flores las que te trayemos; es un cirio que te prendemos en calidad de recuerdo”.

Desde entonces las gentes del Distrito que representaba Jerónimo —parece que era La Piedad—, adquirieron fama de buenos oradores.

—Mejor insulta francamente a *Pirrín*, —me dijo Alvaro, él es de La Piedad.

—No lo insulto; en todo caso, yo también soy de ese distrito, del mero Santa Fe del Río.

Rematando su intervención, doña Chayo dijo:

—El señor Anguiano no ha rescatado su prenda, ¿qué le toca hacer a él?

—¡De veras! —asentimos todos.

Entonces, aquel muchacho de edad indefinible, intensamente moreno, robusto, se levantó para decir tribunicamente, mientras trataba de ordenar sus lacios cabellos que abriéndose al centro de la cabeza, resbalaban por las sienes hasta invadirle la frente por ambos extremos:

—Yo no sé recitar, ni cantar. Lo único que puedo ofrecerles es una descripción viva de cómo entran las gentes bailando al templo de mi pueblo, mi inolvidable San Juan de las Colchas, en los días en que se celebran las fiestas del santo Cristo...

Y no pudimos ver aquel espectáculo, porque llamaron a la puerta y todos quedamos expectantes.

El jefe de la casa había salido a ver quién era. Oímos voces, risas, y luego entró acompañado de dos personas.

—Voy a presentarles, —nos dijo don Pedro— a unos buenos amigos: Don Evaristo Pino y su hijo Daniel.

Después de las presentaciones, todos los estudiantes se despidieron y la tertulia tomó un nuevo cariz.

Los recién llegados eran viejos amigos de la familia. Vivían en casa humilde, pero propia, más allá de la plazuela de Jauja, sobre la margen derecha de la hermosa calzada que conduce a las lomas de Santiaguito. Su negocio era el de alquilar sillas a los morelianos, los domingos y días festivos, cuando la concurrencia a la plaza de armas era tal, que no bastaban las bancas de hierro empotradas de tramo en tramo a la orilla de las avenidas exteriores y de las diagonales que cruzan el jardín o del círculo en cuyo centro se levanta el kiosko, desde el que, jueves y domingos, daban audiciones la banda del Estado o bien la de la Zona Militar.

El viejo y el joven —se advertía claramente— se interesaban en modos respectivos por Nacha, pero dado el ambiente en que la futura profesora se movía, andaban errados en táctica conquista-

dora. Presumían de la prosperidad de la *Negociación* con jactancia de avaros, confiando en que se enfrentaban con una familia metódica. Vestían muy mal, justificándolo con las austeridades del trabajo, pero, sobre todo, padecían —complejo metequista— un insufrible espíritu de gravedad (del que se hubiera carcajeado cualquier estudiante lector de Nietzsche) que vomitaban en palabras impropias pronunciadas con un admirable sentido de lo grotesco.

Los dos tipos eran chaparros, pero Daniel más, y flaco. Don Everardo era regordete y de faz roma sobre cuya nariz cabalgaban unos lentes que parecían extrañar el canastillo de costura de una abuela. El traje raído le quedaba estrecho. El muchacho llevaba amplios pantalones oscuros que seguramente usaba en turnos regulares con el padre, y un chaleco de color indefinido sobre la camisa blanca de mangas cortas; los zapatos viejos, sucios y grandes, eran de tubo y hospedaban pies desnudos; en el extremo opuesto, la cabeza se tocaba con una cachucha mugrosa.

—Daniel, dí a nuestros venerables amigos a qué vinimos, —ordenó el viejo cuando todos hubimos tomado asiento en medio de un cambio de rutinarias cortesías.

—Pues... —inició Daniel— se nos ha deparado una posada para la cual queremos y deseamos toda la excelencia posible: personajes categóricos, amigos característicos de lustres atributos, señoritas decentes de distinción afrodisíaca; y no es que seamos soberbios, sino que la *Negociación* lo permite y la aristarquía de vez en cuando no está mal, que si la humildad del Cordero es ejemplar, hay que involucrar en sus honores todos los tesoros de la conciencia o de las arcas del estiércol satánico plenas. Por eso, con esotérica rectitud y cabalístico afecto, hemos venido a invitar a la menestral familia, rindiéndonos en su acatamiento y suplicando su aceptación.

Todos nos miramos con sorpresa cuando Daniel hizo alto, y Doña Chayo presintiendo una carcajada mía, y porque en realidad necesitaba ayuda, me miró con angustia al decirme:

—¿Qué sería bueno contestar?

La expresión fue pronunciada en tal tono, que no reveló su verdadero sentido, sino simplemente duda en cuanto a la decisión, afirmativa o negativa, con que había de responderse a la invitación del joven.

Perfectamente poseído por el demonio, decidí castigar al meteco, y mi memoria vigorizada por el enemigo malo, me hizo recordar limpiamente el trozo de un sermón estrafalario de un predicador gerundiano. Entonces, refrenando lo mejor que pude la risa, me encaré al gongorino en edición pirata y rústica:

—Cálmate, Señor, porque ¿a dónde, abrasado galán Pyrausta, derretida estuante mariposa, a dónde giras, te remontas y elevas, que en la flamígera presurosa actividad de tus rayos respiras, suspiras y pías por la pira de tus incendios...? ¿A dónde, regia generosa garzota, rizado penacho de plumas en el peinado aire de la espera, pavón de vistosas matizadas alas, que alimentándote de la incorruptible sustancia del Cedro en la frondosidad del más bien cuajado Líbano, anidas en el más incorruptible Cedro? Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso; que si acaloras tus derretidas ansias en el impulso de tus volantes violencias soplará la hoguera de tus derretidas ansias.

Mi interlocutor estaba lelo, sintiendo el compromiso de la respuesta, y yo agregué:

Lo que llevo dicho, también se puede expresar de la siguiente manera... Y después de recitar una *versión* de Otto Riemann sobre el Cuervo, la Zorra y el Queso, concluí muy en serio: Creo que esto está claro como el agua en el manantial, según podría afirmarlo aquel famoso tío Lamparita de la risueña comedia española.

Durante mi extraña intervención, todos me habían estado mirando con ojos azorados, incluyendo a los señores Bañales (que así se apellidaban aquellos maestros del galimatías), por lo que hecha una malintencionada pausa, dije a doña Chayo:

—En resumidas cuentas, los señores quieren saber si aceptan su invitación a la *posada* que están preparando.

Don Everardo, con aire de desahogo, completó, en tono de subraya, como si señalara la principal atracción:

—*Morales Contreras* nos ha asegurado que asistirá mañana.

—Bueno, señores, pues muchas gracias, —concluyó doña Chayo tratando de evitar otro discurso, —creo que iremos. ¿Tú qué dices, ¿Pedro? —agregó dirigiéndose a su marido.

—Iremos, iremos, señor Bañales —confirmó don Pedro— ¡no faltaba más!

Se despidió la singular pareja, y una vez convencidos de que habían puesto distancia de por medio, entre carcajadas y frases burlonas que los viejos no pudieron menos que tolerarnos, celebramos las afectadas maneras de aquellos señores, buenas personas en el fondo.

—Oye, —le dije a Nacha—, ¿quieres decirme quién es ese tal Morales al que tanta importancia parece conceder tu amigo Bañales?

—Es un estudiante de la Escuela Normal para Maestros. Es poeta... muy simpático... ¡rete romántico, tú!... Todo el mundo conoce su último poema que publicó en folleto... se llama *Confesión* y está dedicado, aparte de que a ella le habla en el texto, a una amiga y compañera mía. ¡Rete orgullosa que está ella, tú!, pero con todo, no quiere hablar con él... La maldita *anda* ahora con un muchacho que trabaja en el Gobierno. ¡Serio de las cosas, Moralitos es muy lindo!

—¿Te gusta?

—No, simplemente me cae muy bien. Viene desde su pueblo, —Santa María, tú!— todas las mañanas, muy temprano y regresa en las noches, ya muy tarde... ¡Pobrecillo!... Se dice que no tiene familia... Nadie sabe dónde ni quién le asea su ropa... Pero todo el mundo lo quiere, porque es muy inteligente, muy bueno y hace versos muy bonitos... Es tan romántico, que el maestro de Psicología dice que es mal estudiante, y que constituye un tipo de enamorado universal, aunque triste, porque nunca se declara... Ahora anda de cabeza por Tomasa, una muchacha muy celebrada... Es también humilde, vive del negocio de tamales que tiene su mamá en San Agustín, pues es huérfana de padre. Verás, si va mañana, qué bonito recita y cómo son hermosos su versos... muy sentidos.

—¿Tomasa?

—Ah, ¡qué la chaqueta de tío Justo! No hombre, no Tomasa, ¡Morales!

La Leyenda de su pobreza extrema la había creado el propio Morales Contreras. Pero era inexacto que su vida estuviera sujeta a condiciones de miseria.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, la familia estaba lista, pero peligraba nuestra puntualidad (habíamos quedado de com-

parecer a las siete en la casa de los Bañales), porque doña Micaela Acosta había llegado intempestivamente a visitar a *Rosarito* y ya tenía dos horas hablándole de quién sabe cuántas asociaciones religiosas, y de no pocos desafíos placeros. (Hay que advertir que la dicha Micaela era locataria también en el Mercado de San Agustín).

Precisamente cuando yo entré a la salita que tenía una puerta hacia el pasillo de la entrada y otra hacia un corredor que se extendía hasta el fondo de la casa donde estaban el comedor y las recámaras en una distribución no muy ortodoxa, desde el dicho corredor largo, las muchachas me hacían señales de que me aproximara, en los momentos en que saludaba, de paso, a tan distinguida visitante. Acudí al llamado y me dijeron:

—Echate otro discursito como el de anoche, o pronuncia algún conjuro, exorcismo o lo que traigas, como buen seminarista, porque si esta señora no se va, pueden venir peores peligros para nuestra asistencia a la posada.

—Chayito—interrumpí acercándome a las interlocutoras— salí temprano del Colegio por permiso especial del Prefecto de Disciplina a quien le dije que me sentía enfermo. Consintió en que saliera, pero a condición de que tú confirmaras por teléfono que sí estoy mal; te ruego, pues, que salgas luego y le llames antes de que abandone su Oficina; si no, me anotan falta y quizá me impongan castigo.

—Bueno, Micaelita,— tengo que telefonar, si gustas esperarme...

—No, Chayito, me voy. Ya sabes, pues, lo que le dije a la vieja: “Con Micaela Acosta, poco y bueno, porque de otro modo puede llover hasta mondongo de birriera”.

Y se despidió. Por la última palabra que pronunció la vieja, pude comprender que había amenazado con sacar los intestinos a la señora del vendedor de *birria* —una variedad de barbacoa— que tenía su puesto a la entrada del famoso mercado.

Con aproximada exactitud llegamos a la casa de don Everardo quien nos recibió en compañía de su vástago con cordialidad halagüeña, si descontamos algunas miradas que Daniel me dedicó.

Estando la casa al fondo del terreno, al trasponer la puerta de entrada, una graciosa calzadita atravesaba el gran huerto has-

ta desembocar en un ancho y largo corredor (portal, dicen las gentes) que protegía de lluvia y sol las entradas a las piezas con los conocidos y diferentes destinos en una familia sencilla. Sólo importa decir que en el vasto corredor estaba la concurrencia: Las muchachas Navarro que tenían una Panadería en una de las esquinas de la Plaza de Carrillo, eran dos alegres y graciosas jovencitas; las hermanas Moreno —cuatro exuberantes ejemplares— eran hijas de un respetable jurisconsulto; les decían las *bolas* (la mayor se llamaba Aurora y el nombre cariñoso había degenerado en *Bola* y por extensión abarcaba a las cuatro hermanas). Fueron llegando poco a poco, Amparito Taracena, que con Honorato Pelcastre, su novio, formaban la pareja de novios más llorona de que se tenía noticia en la Universidad; Lupe Barranco, estudiante declamadora que formaba siempre como número obligado en los festivales cívicos del Teatro Ocampo; Angelina Mata, discípula consentida del Profesor de Solfeo que siempre le acompañaba los números de canto —*Mañanita Fría*, *El Cura de Apatzingán* y otras muchas canciones— en las fiestas estudiantiles— 6 de mayo, conmemoración del nacimiento de la Escuela Normal; ocho de mayo, fiesta del natalicio del Padre Hidalgo, en el Colegio de San Nicolás—. Verdaderamente se podía pasar lista a la clase estudiantil aquella tarde, pues entre los varones anotaba el reportero del órgano periodístico de la Escuela Normal, *Ariel*, a Guadalupe González, el *Quasimodo*, al *Monarca Delgado*, y un sinfín de muchachos distinguidos por diversos conceptos: el deporte, el periodismo, las aficiones literarias.

Las charlas en aquel jolgorio, eran propias de la edad, de las circunstancias, pero muchachos y muchachas tenían el deseo de que Morales Contreras acudiera para que recitara su poema. La circulación del opúsculo había sido muy reducida, pues la edición fue tan restringida como los nulos haberes del *Viejo*. A propósito de la palabra *Viejo*, yo había logrado aclarar que nuestro personaje, era llamado *El Viejo Morales*, porque, a pesar de su juventud, las canas rayaban el originalmente negro intenso de su pelo.

Del corredor pasamos a la vastísima sala, en uno de cuyos extremos se había puesto el *Nacimiento* (altar que genralmente se hace en forma de cerrito recubierto de *flor de peña* y en el que arbitrariamente se colocan los objetos más disímolos, como rebaños

con sus pastorcitos, a base de piecitas corrientes de barro; lagos, para simular los cuales, se utilizan espejos; macetitas con trigos tiernos, sembrados en ellas especialmente para conseguir elementos de ornato. En la parte superior del altar se construye un remedo de portal, y dentro de él se da acomodo al *misterio*, o sea Jesús recién nacido, José y María que lo contemplan. Algunas veces intervienen en las escenas del portal los magos que alternan con el burro y la vaca, irredentos animales —sobre todo el burro que inspiraba herejías a Rodó— que con su aliento calentaron el cuerpecito del Dios-Hombre, según las leyendas).

Con retorcidas velillas de colores en la mano, rezamos el santo rosario con letanía y estación que me parecieron infamemente largas. Por fin, salimos en procesión y fuimos cantando los viejos versos que divulgó (nunca he sabido quién fue el autor, por cierto inspirado, de ellos), Don Antonio Vanegas Arroyo, celeberrimo y no bien estimado editor del último tercio del siglo pasado, que tan valiosa como abundante publicación hizo de trabajos folklóricos mexicanos.

El buen Daniel, esta vez elegantemente acicalado —traje azul marino de tan estrechos pantalones como amplio saco, tal vez obligado por el cuello almidonadísimo—, sacaba el exiguo pecho sobre el que destacaba en la camisa blanca, una corbata morada y brillante, de henequén, que entonces abundaba y era por lo mismo muy barato. No se despegaba de Nacha, no obstante que yo le hacía *mosca* obedeciendo miradas intencionadísimas de doña Chayo.

—Ay, Nachita,—le oí decir entre los *ora pro nobis* y los *mater immaculata* en que se macarronizaba el ya vulgar latín de aquella liturgia—parva,—asáltame una duda asaz aguda...

—¿Qué, usted también sabe hablar en verso?

—¡Ay, Nachita, ¿Por qué no me oye usted?

—Porque los cantores tienen muy buena voz.

—No se ría usted de mí.

—No se trata de risa, sino de sordera.

¡¡Mater intemerataaaaaa! ...atacaba valientemente aquella multitud de muchachos alegres, entre risas sofocadas, apretujones malintencionados que permitían estrechar tierna y fugazmente una mano querida o pronunciar palabras que de no ser el anoni-

mato que propiciaba el coro litúrgico, hubiera costado mucho trabajo pronunciar.

—¡Serio de las cosas!—oí decir a Nacha que tenía muy arraigada la costumbre de usar ese giro, así como el de ¡andele!, cuando quería que quedara algo pactado y por cumplirse a plazo breve.

—Si, ¡serio de las cosas! que bailaré con usted la primer pieza, si deja de querer decirme secretos.

—Callaré y no olvide: la primer pieza.

—¡Andele!...

Terminado el aspecto devocional de la posada, empezaron a repartirse las canastillas (Daniel le trajo a nuestro lugar una especial a Nachita), y reinaba una relativa calma impuesta por el orden distributivo, cuando de la calzadita del huerto surgió una sombra que al recibir la luz fue identificada con un grito unánime: ¡El Viejo Morales!

Aquella figura era de una extravagancia simpatiquísima. Se trataba de un muchacho de unos 23 años. De regular estatura, parecía un poco más bajo de tamaño por ser de espaldas ligeramente cargadas. El rostro era afaccionado, según decían las muchachas defendiéndolo de cargos de fealdad y de su color moreno. Echaba hacia atrás su pelo medio canoso y ligeramente quebrado. Su rostro revelaba alegría interior, pero sus pupilas se oscurecían en las cuencas por las largas pestañas y las ojeras que remedaban trazos con antimonio. Llevaba una amplia pelerina negra, sujeta con dos tirantes que de atrás hacia adelante, pasando sobre los hombros, se cruzaban en el pecho uniéndose en fácil nudo atrás, en la parte baja de la espalda. Entreabierta la capa, se veía su traje de dril color plomo a rayas de azul desvanecido. El pantalón de *brinca-charcos* tocaba el borde superior de sus zapatos modelo *borceguí* o sea de tubo.

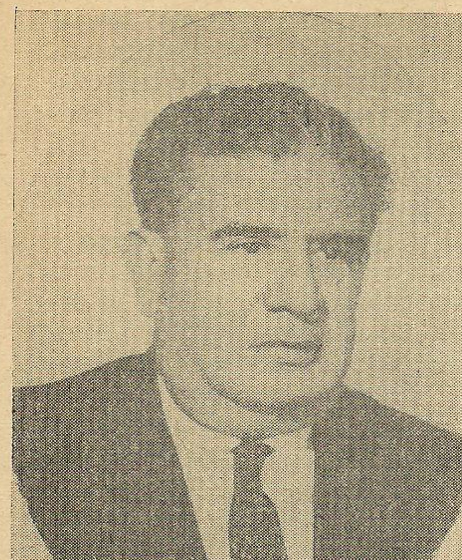
Se quitó su cachucha de casimir a cuadros, hizo girar sus ojos que sonreían sincronizados con el pliegue del gesto bucal mirándonos a todos y luego dijo:

—Juventudes, yo os saludo. ¡Qué bárbaros; como se divierten; ¡brutalmente, abracadabrantemente!

Después saludó yendo a sus lugares respectivos, a uno por uno de los asistentes, y todos celebraban alguna cosa de aquel muchacho.

Daniel lo acaparó.

Rápidamente se habían colocado mesas a lo largo del corre-



José Morales Contreras.

dor, y sobre ellas fueron puestos platillos con tamales rellenos de chile rojo y carne de cerdo, con variedades en el relleno, pues también hubo de pollo, cerdo, con chile verde, sin faltar los de pura manteca y los de azúcar, estos dos tipos últimos dedicados especialmente a la familia *menuda* (chiquillos) que también había. Blancas tazas de gran capacidad fueron distribuidas conteniendo rico atole de cáscara, con sus variantes en fresa y piña.

Todo fue hiperbólicamente celebrado y la familia Pino estaba *ancha* de satisfacción. La voz de Morales Contreras se destacaba a veces:

—¡¡Abracadabrantemente sabroso ha estado todo esto!!.

La tragona turba juvenil puso el ejemplo de las *repeticiones* y se *dobletearon* raciones de atole y tamales.

En una pasada que dió Daniel junto a mí, con fija mirada me preguntó que si algo deseaba y yo siguiendo la jerga del día anterior le respondí:

—Repetas quaezo, carissime.

No me hizo caso, pero yo no quería pedirle nada en realidad, sino darle una broma.

Ya todos satisfechos, no faltó quien pensara en sacudir el letargo muy explicable de la concurrencia con insinuaciones al baile, pero las *Bolas*, rodeando a Morales, solicitaban, a gritos, apoyo, e insistían en que el poeta recitara el famoso poema, *su último poema*.

El *Viejo* se hizo el remolón, pero al fin se levantó y después de un ¡qué bárbaros, ¿no ven que los tamales me han quitado la sonoridad? —se puso en trance y dijo:

¡Carasucia se ha muerto, se murió carasucia!
Sus amigos, crueles, lo tiraron muy lejos,
no lloraron por él,
coronitas de flores yo quisiera ponerle
y entonar algún salmo saturado de fe.

—¡Ese no es; ése no es. ! —clamaba la turba juvenil, mientras los viejos sonreían.

Morales soltó una carcajada y explicó:

—¡Pero, hombre, qué bárbaros son ustedes, ¿No comparten conmigo la pena por la defunción de un gatito, que tanto entristeció a una nenita vecina mía? ¿Qué, no hay Terceros de San Francisco, para que recuerden con dolor la desaparición de un hermano gato, como hubiera dicho *el poverello*? ¡Gente repleta de tamales, ¿qué puedo esperar de ustedes, después de todo? Sois crueles como los pseudoamigos de Carasucia, queréis oír mi gemido en el poema de mis amores, porque os gusta ver sangrar las entrañas del amante. Al Cristo moribundo le habiéráis dado la lanzada con más saña que lo hiciera Longinos, que al fin y al cabo, si no por piedad, por ceguera, defraudó a San Buenaventura que quería ser el bronce de la lanza que hubiera penetrado en el corazón de Jesús, para quedarse preso en la roja entraña redentora.

—¡Que diga el poema... !

—Que no lo diga y siga hablando... !

—Lo diré, fieras,—reprochó con teatral indignación, y continuó con las románticas estrofas de *CONFESION DE MI CULPA*.

Le hablaba a Jesucristo, solicitando que perdonara, si podía considerarse como culpa, amar locamente a una mujer. El poeta no creía en tal pecado, porque el creador ama su obra y la da como señuelo del afán sublime que es el amor divino, y entonces el amor va hasta Dios mediante la creatura amada. Luego describía sus vivencias.

Gemía el bardo por la incomprensión, narraba sus desvelos, los martirios de su insomnio inclemente ante la obsesión torturadora

que se llamaba como su amada, pero sin el significado de su nombre.

Cuando el declamador terminó estaba llorando, y no solo, varias muchachas vertían lágrimas también.

Fue entonces cuando comprendí entero a Morales Contreras: era un hombre hipersensibilizado: agrandaba su dolor y su alegría también, pero no llevaba amargura en su alma nobilísima. Aplausos, abrazos y copitas cosechó el poeta, pero sobre todo, simpatía y de parte de la gente vulgar una incomprensiva ternura que se confundía con la lástima. Los más inteligentes según el índice de su mayor éxito económico, nunca pudieron comprender que lo que denominaban chifladura era virtud, es decir, bondad, limpieza en la conducta, virilidad —porque la verdadera virilidad es pureza— manifestándose en claro genio poético y garra de tribuno.

Como queda dicho, de la fiesta gastronómica se hizo el tránsito a la lírica y de esta a la coreográfica.

—No me sueltes a Nachita— me había dicho impositivamente doña Chayo. Y con ésto queda dicho que excepción hecha de unas piezas que mi paisana bailó con Morales Contreras, el irresistible héroe de la *posada*, yo la monopolicé defraudando al buen Daniel. Ciertamente me ví privado de aventurar mis ansias de seminarista por entre los cuerpos y las almas de aquellos estudiantes gárrulos, de laicas euforias, pero mi paisanita era muy simpática y la recomendación de Chayito era intencionadamente precisa y adversa al gerundiano Daniel.

Tal fue la ocasión en que conocí al *Viejo Morales*. Eran los días en que la dulce familia Silvestre sólo había sufrido la muerte de Pedrito. Es doloroso concluir este capítulo, recordando que ya sólo viven Jesús y María. Murió doña Chayo, murió Nachita y murió Josefina. Buscando inútilmente la tumba de ésta, en Zitácuaro, donde se había radicado al casarse, mi esposa y yo pasamos una mañana hurgando registros, y recorriendo el cementerio, florido como un huerto. Bajo un sol joven, esplendían las flores rojas de las malvas, los alegres geranios, y junto a las losas algunas campánulas moradas, como aquellas del bello poema del delicado Stechetti.

EN LA ESCUELA NORMAL

Mi protector, don Melesio Moreno Ramos, me condujo aquella fría mañana de enero, en el año de 1926, a las Oficinas del Rector de la Universidad Michoacana, Dr. don Jesús Díaz Barriga, quien nos recibió con su proverbial amabilidad. Don Melesio era diputado por el Distrito XVII al cual pertenecía mi pueblo. Yo abandonaba el Seminario y el señor Moreno, según los deseos que le había expresado, trataba con el Rector de mi inscripción en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo y de las posibilidades de revalidar algunos de mis estudios. Además, solicitaba una pensión para mi sostenimiento. Se trataba de que pudiera llegar lo más pronto posible a la Facultad de Jurisprudencia.

La circunstancia de no disponer el Rector de una pensión para mí, por estar agotadas las que se dedicaban al Colegio, originó la siguiente proposición:

—Señor Diputado, el joven puede ir pensionado a la Escuela Normal para Profesores, y más tarde, pasar al Colegio.

Dadas las circunstancias, así quedó convenido, y el mismo día me presenté —serían las once de la mañana— en la Escuela Normal, en el inolvidable edificio de San José. Allí encontramos, mi protector y yo, en la Secretaría, al que después fue mi maestro y

gran amigo, Rafael Aceves, que se había titulado maestro y estudiaba Medicina. Como yo no había hecho más que un curso de primaria, aunque se me clasificó en tercer año y en el Seminario no fueron muy exigentes al inscribirme (algún día narraré ese lance), y como por otra parte un Certificado del Seminario no me servía en la Universidad, hubo problema, y don Melesio— paternal y batallador amigo, desgraciadamente ya desaparecido— solicitó la presencia del Director que era el Diputado Federal Don Jesús Romero Flores, fundador de la Institución en el año de 1915, bajo el Gobierno del General D. Alfredo Elizondo.

Cuando se hubo presentado el maestro, se saludaron efusivamente con D. Melesio, y éste le explicó el problema con antecedentes abundantes. Me miró don Jesús de arriba-abajo, me habló de que también él había sido seminarista y luego dirigiéndose a Aceves que era el Secretario:

—Mira, Rafaelito,—dijo,— vamos a complacer al señor Diputado por una vía legal y que lo deje contento: este muchacho, realmente es de quinto año o más, dado que sus estudios son buenos y él parece no ser tonto; inscribelo y posteriormente le haremos un reconocimiento de admisión, para llenar el expediente.

Estaba yo feliz. Romero Flores me impresionó gratísimamente. Aceves, menos, por haber presentado dificultades. Se respiraba en la Universidad un aire puro, me encontraba en un ámbito de libertad. La vida, las necesidades de cada muchacho inspiraban a las autoridades los acuerdos, el reglamento valía como letra, pero sobre ella estaba el espíritu.

Se despidió don Melesio, y aunque no había clases todavía, quiso que ya me quedara en la escuela, y que si muchachos de *los de él* llegaban y tenían dificultades, le avisara inmediatamente. De todos modos *nos veríamos* el próximo sábado. *porque así sería* todo el año.

Era demasiado joven el mes de enero y no había casi concurrencia en la Secretaría, donde muy pocas inscripciones se registraban. Pero yo estaba clueco con mi nueva casa y decidí plantarme allí hasta la hora de ir a comer. Partiendo de la entrada principal, se recorría el amplio pasillo o cubo del zahuán, se trasponía el portón entrando al corredor norte. A la derecha, en el extremo, había un pequeño cuarto oscuro a cuya puerta Marcelino, el portero, instalaba un bufete sobre el cual descansaba el libro en que los profesores firmaban como constancia de su asistencia. Cambié al-

gunas palabras con Marcelino, luego seguí el corredor en que se inician las hermosas escaleras que llevan a la planta alta, donde estaban las Oficinas, algunos salones de clase y la Biblioteca, y fui a sentarme en una banca para esperar algo que no sabía qué era.

Como al cuarto de hora, entró un muchacho. Llegó al bufete de Marcelino, y luego se dirigió a mi banca. Teniéndolo enfrente al aproximarse, pude examinar aquella figura que pronto tendría que ser mi primer amigo. Bajito de estatura, vestía traje verde-botella con ligeras rayas de un verde desvanecido. No recuerdo cuál era el color de su corbata, pero la llevaba bien anudada entre los correctos picos del cuello. Su cachucha era beige, salpicada con motillas verdes y rojas, y la usaba con la visera jalada sobre la ceja derecha.

—Quihubo, compañero, ¿vino a inscribirse?

—Sí, ¿y usted?

—Desde ayer, pero... pues... vine a ver si había algo nuevo, alguien con quién ir a dar la vuelta, mientras empiezan las clases.

—¿Es usted de primer año? —pregunté al agresivo hilvanador de relaciones amistosas.

Sí, pero creo que esto me va a venir huango, porque yo vengo de la Escuela Libre.

—Yo vengo del Seminario, allí estuve desde 1921.

—¿Y por qué se salió?

—¿Y usted?

Soltamos una carcajada y formulamos de común acuerdo la razón: porque allí hay un diablal de rezos, vigilancias, y chocanterías de estiramiento, junto, todo esto, con sanciones necias, reprietas injustas, exigencias de estudio inadecuadas, privilegios para los riquillos y brusquedades para los pobres.

La cara de aquel decidor muchacho era simpática: blanca, con chapas en las mejillas; la nariz era recta y proporcionada, la enrojecía en su punta el frío de enero; bajo ésta, una boca pequeña de labios delgados y más abajo un mentón que cerraba como remate de óvalo el del rostro. El nacimiento de la nariz era delgado, por lo que los ojos, a breve distancia uno de otro, se volvían maliciosos y penetrantes, reforzando estas características su color café claro tirando a verde. La frente que en aquella ocasión medio cubría la cachucha, era regular, y en su límite alto, se iniciaba un pelo castaño claro.

A los pocos minutos de charla, llegó al bufete de Marcelino un tipito de pasos salerosos, moreno, vistiendo un traje café, muy cuidado en las quebradas del pantalón y en las mangas del saco. Su afectada seriedad hacía juego con un peinado anacrónico, de partido, y una fuerte carga de grasa para domar el lacio y grueso pelo.

—¿Es un profesorcillo?,—pregunté a mi compañero.

—¡Qué profesorcillo ni que nada...! es un ilustre hijo de familia a quien llaman el *desdichado*, porque es la palabra que usa como insulto cuando alguien lo encoleriza. Se llama Salvador y suelen decirle *Chava*. Vive cerca de aquí.

El embaldosado patio completamente iluminado por el sol, nos indicó que en aquel momento serían las doce del día, y que como nadie llegaba, había que pensar en el programa de la tarde.

—Pero a todo esto, ¿cómo se llama usted?

—Rafael Figueroa a sus órdenes. Vivo en la conesquina del Colegio de San Juan, en la plazuela que también lleva el nombre del santo. Allí tiene su casa, y puede buscarme allí, cuando guste.

Le dí mi nombre y mis señas. El agregó:

—¿No le parece que nos digamos de tú?

—Encantado, compañero, —le respondí y con un estrechón de manos iniciamos el tuteo y una amistad que cada día estimo con más finura, vigorizada por los recuerdos.

—Sería bueno ir al cine hoy en la tarde.

—No tengo dinero.

—No importa; yo tengo y otro día pagarás tú.

Nos dimos cita frente al Morelos, un cine-teatro que estaba en la explanada que lleva el nombre del héroe, a la altura de las Oficinas curales de la Catedral.

Figueroa se retrasó como diez minutos, pero no se me hizo pesada la espera entregado como estaba a la lectura de un folleto que hacía días había comprado en cuarenta centavos en la Casa Gassío. Se llamaba *Magia Verde*. En la carátula, a colores, un Satanás con alas de murciélago, en rojo esfumado hacía fondo a una escena en que las brujas y brujos preparaban brebajes en hirvientes marmitas.

Estaba distraído, cuando Rafael me tocó en el hombro.

—¿Qué lees, compañero?

—Esta vacilada, para matar el tiempo.

Tomó el libro, examinó el índice y luego riendo me dijo:

—Esto nos dará dinero. No tardará en llegar a la Escuela algún pendengue, y se lo venderemos.

Riendo todavía, entramos al cine para ver una película de episodios: *El Camino de Hierro*, con Edith Roberts y William Duncan.

Todos los días íbamos a la Escuela, pero nada más a preguntar si ya iba a haber clases. Ante la respuesta de *todavía no* que nos daba Marcelino, nos íbamos a vagar por las calles de los barrios o emprendíamos caminatas más largas por las lomas que rodean la ciudad: *Santa María*, *Santiaguito*, *El Zapote* o por el rumbo de *Los Tres Puentes*.

Un día ocupábamos la banca en que nos conocimos, cuando oímos una gruesa y bronca voz que nos hizo fijarnos en su dueño. Era un muchacho chaparrón y muy fuerte. Su traje de casimir corriente, cortado por un sastre de pueblo explicaba por qué le quedaba tan mal y por qué le daba apariencias de un tosco muñeco de trapo. Se trataba de un provinciano de los que alguna vez representó en el Congreso, Jerónimo *El Burrón*, de esos que llegan a la ciudad con el afán de parecer desenvueltos, porque quieren cumplir lo que sus gentes les recomendaron allá en la amada tierra:

—Procura que se diga algo de tí. Habla y muévete, no vayas a portarte como un rancho.

Una vez que Marcelino le informó al muchacho de que su hermano no se había presentado, el novato aquel se dirigió a nosotros:

—Cólegas, —irrumpió haciendo sonar la esdrújula con voz poderosa,— supongo que seremos cólegas, ¿por qué están tan pensativos?

—No estamos pensativos, —respondió Rafael haciéndome un guiño como diciéndome *este es el hombre, para el negocio del libro*, —lo que sucede es que discutía yo con este compañero sobre el precio de un libro de magia que trae. Es un libro prohibido.

—¿Habla contra la religión?

—No, pero habla del diablo y de cosas malas.

—¿Como qué cosas?

—Compañero, yo creo que son cosas malas ver a las mujeres

desnudas, hacer que se entreguen fácilmente, o por lo menos que se enamoren de nosotros y a toda costa quieran ser nuestras novias.

—¿Y de eso habla el libro?

—Claro, pero este amigo no quiere ni siquiera hablar de venderlo.

Y mañosamente se llevó al incauto aquel para el segundo patio.

Cuando regresaron, Figueroa inflaba los cachetes sofocando la risa. Y la víctima se me acercó adelantándosele.

—Oiga, Coleguita, ¿cómo se hizo usted de ese libro?

—Mire, compañero, yo todavía el año pasado era seminarista. Mi tutor, el Padre José, confesó a un brujo y le recogió varios libros que a mí me ordenó echar al fuego, y yo guardé éste. Sé que son muy caros.

—¿Y es cierto lo que dice ese *muchacho*? —interrogó señalando a Figueroa, — él cuenta que puede ver uno a las muchachas desnuditas.

—Eso dicen, en efecto, pero yo no lo sé, porque no he querido leerlo. Escrupulos de conciencia, ¿sabe?.

—Pues yo soy liberal. No tengo miedo. Si usted quiere, doy cinco pesos por él.

—Ni soñarlo.

—Doy diez.

—Vámonos, compañero, —le dije a Figueroa marchando hacia donde estaba.

—Bueno, —concluyó con resolución heroica el novato— No traigo más que trece pesos...

Figueroa abrió los ojos mucho y me dijo:

—Yo no te he ofrecido, porque no tengo dinero. Pero ¿por qué no se lo vendes? Así nos quitamos de tentaciones. Sería posible que si lo leemos y hacemos las prácticas, la Iglesia nos niegue hasta la confesión.

El Provinciano sonreía desde la cumbre de su liberalismo de escuela primaria. Todavía hice objeciones más o menos débiles, y por fin, cedí.

Con aquellos trece pesotes de plata, nos dimos la gran vida durante varios días. Cine, Lotería en la Plazuela de San Juan, cecinitas con doña Reyes allá por Capuchinas, Chivo con los Morales

en el Carmen, carnitas en el Santo Niño, atole en San Agustín, y hasta un café de intelectual nos fuimos a tomar entre los estudiantes de cursos superiores, en el viejo *Café de la Soledad* donde, según el letrero del pasillo de acceso, se prohibía la entrada a *cómicos y a toreros*. Los últimos gastos se dedicaron a pagar la cuota de alberca en los *Baños del 14*, situados en un costado del Bosque Cuauhtémoc. Como a las doce, muy fresquecitos, llegamos a la Escuela, y se nos armó la gorda.

—Estos son, —dijo el provinciano, señalándonos, a sus paisanos entre los que estaba su hermano mayor, gigantón moreno de ojos azules.

Como veinte muchachos —esa región produce gente de un acendrado instinto gregario— se nos acercaban, mientras nosotros, sin darnos por enterados, disimuladamente procurábamos no alejarnos de la puerta de salida, adivinando de qué se trataba. Y estábamos en lo cierto, porque aquel *liberal* pese a nuestras recomendaciones, no había guardado el secreto profesional de los magos, y había contado la historia de su adquisición. Lo demás es de suponerse.

—Después de todo, —dijo Rafael,— vamos a ver qué quieren estos... cabritos.

Yo acepté la decisión, pero sin fe alguna, porque en aquellos días era flaquísimo y mis iniciados 16 años no florecían en opulencias musculares.

La tribu aquella nos abordó:

—Oigan,— dijo el hércules normalista con sus sentimientos fraternales lastimados, devuélvanle a este muchacho los trece pesos que les dió por esta porquería.

Y nos enseñaba el libro de la *Magia Verde*.

—Oiga usted, contestó Figueroa,— nosotros no obligamos a la criatura a que nos comprara ese libro.

—No, pero lo hicieron pendengue.

—En todo caso ya era, —dije yo, que en aquel terreno me sentía un Aristóteles,— y lo que usted dice no pasa de ser una blasfemia, porque el alma de este joven con sus tres potencias, entre ellas el entendimiento, fue creada por Dios.

—La tribu pareció olvidar el caso a debate, porque rieron diciendo:

—¡Ujule, si este amigo es mocho!

—¿Qué se me hace que es seminarista?— apunto certeramente otro de aquellos ejemplares de salud física.

—Bañémoslos...!

—¡Sobres!—gritaron casi todos.

—A nosotros nos bañan una pura...“chinita por tu amor”, —dijo Rafael enrojando de cólera,— y uno por uno, estamos a sus órdenes.

—Mejor que se pongan los guantes con el estafado,— sugirió un deportista.

Y para sobresalto mío, aparecieron los guantes como por encanto.

—Yo me los pongo,—le dije a Figueroa,— al fin y al cabo es lento de reacciones.

Ni modo, tuve que batirme con el quejoso. Con un innato juego de piernas esquivaba yo al adversario que me miraba con sus ojos coléricos, luego me apuntaba con el guante derecho y lanzaba el golpe con tal fuerza que giraba sobre sí mismo. Yo hacía una sentadilla, pasaba el golpe sobre mi cabeza. Al levantarme, la cara del contrario que ya había hecho un molinete, me quedaba descubierta, y entonces, le tiraba mi endeble rechazazo que ante aquella falta de guardia, acabó por producirle hemorragia.

—Ya está bueno,— dijo una voz salvadora surgida del grupo.

Y aquella voz fue obedecida, y siempre lo fue después. De momento sólo oí que decían:

—Sí, tiene razón Navarro.

Nos habíamos quitado los guantes y ya consideraba yo el caso liquidado, cuando el grandote intervino:

—Yo quiero pelear con los dos juntos, porque si le pegaron a mi hermano, yo no estoy conforme. ¿De modo que a la estafa se agregan los golpes?

El dueño de los guantes intervino entonces:

—No hay tal estafa. El Código define la compraventa como una operación en que convenido el precio de la cosa, se entrega ésta, por una parte y se recibe el precio, por la otra. El trato fué correcto, y si hubo un pendengue, no es culpa de nadie.

—¡Así se habla, mi querido Leobardo, dijo una voz atropellada y resuelta que yo conocía. Además, este muchacho es bravo

y no va el número a chafar un brote de hombría. Socorro Navarro y Leobardo Ceja Torres tienen razón. Es más, propongo que todos demos un abrazo a este chico.

Así habló el poeta, porque era él, Morales Contreras, el que había formulado aquellas conclusiones.

Sin hacer caso de nada, sólo fijándonos en quiénes eran los que hablaban en pro de nosotros, Figueroa y yo nos retiramos olímpicamente.

Ya en la calle, soltamos la carcajada.

—Oye, Chinguillas,—le dije a Figueroa (lo de Chinguillas era una palabreja que él había pronunciado explicándome alguna vez que era el apodo de un su excompañero de La Libre, y a mi me había caído en gracia el terminajo)— con la primera pensión, me compraré una pistola.

Entre la salida de la Escuela y la esquina próxima frente al Jardín de San José, había un callejón. Al rebasarlo me dijo Rafael:

—En este callejón, mataron a Chabelo Ponce. Era muy macho, así que si quieres comprar *pistola*, tú lo sabes.

En aquellos momentos, nos alcanzaron Morales Contreras, Leobardo Ceja y Socorro Navarro.

—Muchachos, —dijo Morales cambiando su bastón de Jueves de Corpus a su mano izquierda en cuyo brazo llevaba atravesada su capa,— quiero darles mi mano, porque son ustedes dos pillastres como los de la *Casa de la Troya*. Valor e ingenio, condiciones sine qua non, de los verdaderos estudiantes.

Los otros dos muchachos nos saludaron también y Leobardo propuso:

—¿Qué les parece una cervecita en casa de Bernalón?

—Bueno, vamos,— dijo Rafael por los dos.

Y por primera vez —según lo fuí sabiendo— me emborraché en compañía de un deportista insuperado y entonces desconocido: Rafael, dos ídolos de las masas estudiantiles: Leobardo Ceja Torres, ya en esos días orador fogoso y Morales Contreras, poeta y escritor, aunque defectuoso estudiante desde el punto de vista académico. Poco tardaría en ser político, periodista y campeón de oratoria en Michoacán, a pesar de haber ocupado segundo lugar en el concurso de *El Universal*. Felices nos pasamos aquella tarde, sin ocuparnos de comer, en la Casa de Bernalón, o sea LA CADE-NA DE FLORES.



Luis G. Cerda.

Mientras bebíamos coronitas de a peseta, Bernalón no dejaba descansar el fonógrafo, urgido por Leobardo que reclamaba *Te he de querer* y *La Copa del Olvido*, con asiduidad de apasionado. Yo hacía repetir *Callecita de mi Barrio*, porque siendo un imaginativo, me gustaba aquello de “a la luz del farol compañero” y lo de “las guitarras de los payadores vuelcan todo su amor en las rejillas”. Así mi inquietud de hombre sin novia, se sublimaba plásticamente en cuadros que la imaginación me presentaba muy a lo vivo.

Socorro y Morales aprovechaban los silencios para recitarnos, el primero, un Acróstico dedicado a una muchacha de su pueblo que llevaba el apellido de uno de los capitanes conquistadores

que seguían a Cortés, y el segundo una serie de poemas dedicados a su *pálida amiga* Villafranca, a la que nunca conocí.

Rafael me llamó la atención por varios motivos: resistía mucho, estaba cambiando de voz y escupía magistralmente por *un colmillo*, cosa que después le había de dar tanta fama como sus *canastas limpiecitas* de extremo a extremo del campo de Basket Ball. Por lo pronto, sin hacer caso del fonógrafo, tarareaba *Ventanita Morada*.

—Pues sí, muchachos, —comentaba Morales Contreras, ganaré el concurso de oratoria, por amor a mi Escuela Normal, y también por admiración a Elodia que será mi madrina y a quien le entregaré el galardón y dedicaré los aplausos ganados.

—¿Quiénes serán tus contrincantes? —preguntó Leobardo.

—Casi nadie, mi hermano: el Quasimodo, Guadalupe González, (tal vez también entre Antonio Alcántara), Pancho Gallinas,

Gustavo Avalos; dicen que contendrán Gustavo Corona y Alberto Cano.

—El Quasi es el más duro, —estimaba Leobardo.

—Yo le recelo más a Gustavo Avalos; —afirmaba el poeta.

—Pero tú eres poeta, Viejo, —animó Socorro.

—Eso sí, y tengo musa.

—Si ella supiera, —lamentó Leobardo— yo también entraría... Pero... ¡Bernalón, otra vez *La Copa del Olvido*!

—Tienes razón, Leobardo —disertaba Morales—, la mujer es la fuerza suprema que mueve a los hombres. “*Los lleva de estrella en estrella*”, como Dante lo cantó en forma sublime. Nuestro Urueña lo confirmó: “Cuando Dios quiere que seamos felices o desesperados, que de nuestro corazón brote la llama o de los labios el verso, nos pone cerca a la mujer para que nos inspire con el broche de rubí de sus labios, o con los incendios gemelos de sus pupilas”. Es el *eterno femenino* de Goethe.

Ya tarde, nos separamos entre abrazos fraternales e hiperbólicas expresiones de afecto, que dejaron de serlo al mantenerse todavía, más de veinte años después.

Más de doscientos muchachos se inscribieron en el primer curso, pero en el mes de febrero ya sólo había 180 que permanecieron todo el año. La cantidad de *Chinches* trajo como consecuencia el liderismo por razón de la división del trabajo, y en tan importantes funciones nos encontramos con el *gato* Mario Bramauntz, auxiliados por Rafael y el grupo deportivo que formó. Ya para entonces había yo adquirido una pistola escuadra, belga, calibre 32, y con ese apoyo moral y el de mis amigos y compañeros, convertimos a nuestro grupo en el grupo terrible de la Escuela. Cuando algunos resentidos por la hazaña de la Magia quisieron aplicarnos la Ley del Baño, como práctica de novatada, las cosas se invirtieron y los remojados fueron otros. Fuimos solicitados muchas veces por los muchachos de años superiores —Leobardo Ceja, Martín Nava, Enrique Arcila, José Hernández, Gilberto Ceja, Daniel Vargas, —eran nuestros amigos en esas regiones— para ejecutar castigos impuestos por razones que a nosotros no nos importaban, a gentes poco gratas a nuestros afines camaradas.

La fuerza de la organización tuvimos oportunidad de comprobarla, un día en que el maestro Romero Flores encabezó a los mu-

chachos del segundo curso hasta el quinto, para ir de excursión. Al vernos solos, decidimos suspender las clases y marcharnos tras de la expedición del maestro, que había tomado la dirección de *Los Filtros*.

Reunimos dinero, nos aprovisionamos defectuosamente, pues se trataba de cumplir una resolución de emergencia, y nos le presentamos al señor Director, a la hora de comer, ya que nos habían tomado ventaja mientras deliberábamos buscando solución satisfactoria a nuestro abandono.

No nos dijo gran cosa el Maestro, pero al día siguiente, convocó a junta general para que en una sesión dirigida por él, fuéramos juzgados por nuestros propios compañeros. El maestro realmente no quería castigarnos y asíó aquel raro expediente que justificó como un ensayo de auto-gobierno estudiantil, para poner a salvo su autoridad menospreciada. Sabía que nadie nos condenaría y así todo resultaba bien.

Nuestro Defensor fue Morales Contreras, y a los dos minutos de hablar en *nuestro favor* ya nos había llamado fieras, inconscientes, *hombres de la naturaleza, horrorosamente puros*, según el decir de Juan Jacobo (se refería a Juan Jacobo Rousseau), y por lo mismo, irresponsables.

Armamos tal escándalo contra nuestro defensor, que el Presidente de la Sociedad de Estudiantes Normalistas *Justo Sierra*, tuvo que levantar la sesión que previendo lo que iba a ocurrir, había abandonado antes don Jesús Romero Flores. Nadie volvió a ocuparse del asunto.

En su clase de Español, el maestro Romero Flores, en los últimos días del mes de abril, nos dijo que leyéramos la Convocatoria que *El Universal*, uno de los grandes diarios de nuestra Patria, había lanzado para que la juventud estudiosa concurreniera a luchar en los Estados y después en la Capital del país, por el campeonato de oratoria local y nacional, respectivamente. Dicha convocatoria contenía las *bases* o reglas a que se iba a sujetar la Justa del buen decir. Nos habló de lo que era el arte oratorio, y finalmente nos dijo que un compañero nuestro, con la representación de la Escuela, entraría a la estacada buscando el galardón. Ese Compañero era José Morales Contreras a quien había que estimular en todas las formas. El maestro consideraba que

tenía genio tribunicio y que no era remoto que venciera a los estudiantes de Facultad que iban a participar en la contienda. Finalmente nos exhortó a que cuando fuera oportuno, nosotros también saliéramos en aventuras gloriosas como ahora lo hacía Morales Contreras a quien deberíamos apoyar con todos los medios a nuestro alcance.

Aplaudimos la conferencia del maestro, sobre todo cuando nos dijo que la palabra era el principio de todo, porque en el principio era el verbo, y que hipóstasis de él había sido la oratoria galana de los griegos, el arte persuasivo y litigioso de los romanos: esplendor filosófico en Platón, atisbo numinoso en Aristóteles, Plotino y San Agustín; sabiduría y fe en Santo Tomás; rebeldía en los humanistas del Renacimiento; dialéctica libertaria en los hombres de la Enciclopedia y aurora sangrienta en los tribunos del 93 de Francia.

La oración tuvo un epílogo ridículo, porque un paisano del ya familiar *Burrón* tuvo la ocurrencia de preguntar ante el caudal oratorio del maestro:

—Y usted, maestro, ¿no podría inscribirse?

Rió el Profesor y pacientemente explicó al inocente aquel que uno de los requisitos era ser estudiante y otro tener no más de diecinueve años.

—Entonces, maestro, Morales no podrá contender, porque es *viejo* y tiene más de la edad requerida.

—Mira, hijo... —respondió el Profesor un tanto molesto—, lo de *viejo* es un apodo, y lo de la edad es mejor que no seamos los normalistas los que lo mencionemos.

—¡Que se calle ese imbécil...! gritamos todos.

Así terminó la clase aquel día, pero a partir de esa fecha, no nos abandonaron los deseos de que Morales Contreras ganara, derrotando así un normalista a los estudiantes de las Facultades tradicionales.

El Viejo fue visto en paseos misteriosos con el Director, a veces se encerraban los domingos en las Oficinas de éste en la Escuela, otras veces se les vio en la casa del Maestro, y las explicaciones coincidían en que Morales estaba siendo preparado para la pelea.

—Yo ganaré, Muchachos, —aseguraba cada vez que aludíamos al Concurso.

Por fin, una mañana del mes de junio, Morales Contreras apareció en la Escuela con un traje de dril a rayas azules sobre el fondo plomo (era su color favorito), flamante, nuevecito. Bueno, había estrenado hasta cachucha y bastón. No traía la pelerina. En la solapa de su saco se marchitaba un rojo clavel.

—Hoy es el día, Muchachos, —nos dijo,— y hay que echarme mucha porra. Yo triunfaré, porque Elodia va conmigo. Ella es mi musa. Por mis labios saldrá la elocuencia que da el estímulo.

Efectivamente, a poco de esperar —eran como las nueve de la mañana— de pie, porque no se marchitaran las virginidades del traje,— llegó Elodia, en verdad guapísima: Cuerpo esbelto y ondulante; rostro rosado— “tú vienes con el alba, por eso eres rosada”. le hubiera dicho Nervo—; sus ojos de almendra abanicados por unas pestañas sedosas y crespas, bajo los arcos de las cejas que el romántico hubiera descrito como “el perfil de las alas de una alondra, entre la nieve abiertas”. Llegó Elodia con su vaporoso traje color azul pálido, y se colgó del brazo del *Viejo*.

—¡Muchachos, hermanos míos, —nos dijo—, háganme un favor: tomen este dinero y vayan al teléfono a pedir un carro para mí y para esta diosa.

Así se hizo y la pareja se fue.

Tuvimos envidia momentánea del *Viejo Morales*.

La prueba se llevó a cabo en el *Morelos*, al cual llegamos —la población normalista, considerando la escuela de varones y de señoritas alcanzaba un cifra muy fuerte, al grado que bastaba la escuela de Comercio para tener amplia mayoría sobre todas las restantes escuelas universitarias— en verdaderas falanges combativas.

La lucha fue relativamente breve. El tema de *Bolívar* fue tratado en dos lances: en el primero con un discurso *preparado* e improvisado en la segunda. En la primera etapa, nuestro gallo iba de triunfo, pero en la improvisación perdió, y no porque no improvisara, sino precisamente por eso. Gustavo Avalos con primoroso fraseo, doctrina más documentada, dijo de Bolívar que “era Napoleón flotando entre las brumas de los Andes”. Y se llevó el premio. En México, como casi siempre sucede a los provincianos, perdió. En Morelia, su triunfo fue legítimo, porque su trabajo fue de veras un trabajo de elaboración estética.

Nuestro campeón, era indiscutiblemente más orador, pero me-

nos dominador de la forma, con menos recursos informativos, con escasa documentación seria y profunda. En cuanto a sus condiciones de orador nato, nadie ha superado a Morales Contreras, sobre todo dialogando con el público, adivinándole el pensamiento a la multitud para expresarlo en forma briosa, pero poco cuidada. Por eso las masas se le entregaban, pero el juzgador académico tenía que preferir el mayor arte de la forma.

Ocupó el *Viejo* el segundo lugar, pero alegando robo, por disculpar nuestras inconformidades, nos retiramos.

Cuando se discutía el tema entre los amigos, o partidarios del vencedor, nuestro consuelo y argumento supremo era éste:

—Está bien, pero nadie, en el personal docente de la Universidad, podrá vencer a nuestro Director.

Y así era la verdad.

Al año siguiente, volvió a contender Morales Contreras, pero en esta ocasión sin esperanzas de triunfo. Luchaba contra Salvador Azuela que tenía muchas ventajas sobre él. Ciertamente que este señor no era michoacano, pero su madurez, el haber venido de Puebla en donde se había ido a refugiar cuando Vasconcelos lo expulsó de la Universidad Nacional, y el haberlo traído de allá Luis Méndez para que fuera Secretario Particular del Gobernador Enrique Ramírez, su condición de catedrático al mismo tiempo que su indiscutible mecánica verbal, le daban aplastante prestigio que superaba el regionalismo del origen. Además, ya Morales no contaba contra Azuela, con el apoyo moral de las musas de la Normal de señoritas, porque éstas se morían por *el señor Azuela*.

Si Morales Contreras hubiera tenido más malicia y hubiera pulido un poco su estilo, repito que hubiera superado obstáculos, porque era orador como nadie lo ha sido. El es nuestro Carpy Manzano, malogrado como el oaxaqueño, por su desgraciadamente irresponsable amor a una conducta intelectual de falsa bohemia.

Sus amigos estuvimos en tal ocasión contra él y contra todos, porque ninguno se ajustaba, además, a las condiciones de edad marcadas en la Convocatoria. Queríamos que Morales Contreras hubiera tenido la valentía de retar, invitándolos a retirarse, a los demás contendientes, tan viejos como él, sacrificando la vanidad en aras de la legalidad.

No nos hizo caso, y el resultado fue que ganara Azuela quien en México fue vencido por Arturo García Formentí.

Conviene en estas páginas llenas de cariño para Morales Contreras, recordar un gracioso lance en que fue protagonista, en una sabatina efectuada en la Escuela Normal para señoritas.

Romero Flores, en estos eventos que se llevaban a cabo los sábados, como festivales de cultura y de acercamiento entre los normalistas de uno y otro sexo, actuaba como maestro de ceremonias.

Aquella mañana, invitó a los jóvenes de toda la Universidad a que hablaran sobre la *Ideología de la Revolución Mexicana*.

Se inscribieron varios muchachos y entre ellos Morales Contreras. Cuando le llegó su turno, atravesó su capa sobre la tribuna y puso en uno de sus bolsillos la cachucha enrollada. A un compañero le encargó el bastón. Negó que la Revolución hubiera sido hecha como realización de una ideología. Sostuvo que la Revolución no fue pensada. ¿Quién había de pensarla, arguía, si los generales eran todos *unos cerebros de cerdo*?

A pesar de sus simpatías, le interrumpió Romero Flores, hablando —dijo— como maestro, como Revolucionario y como Constituyente. Y hablo —agregó el airado maestro—, para retar a quien acepte el plano de la lucha, a que discutamos el tema, para que quede en claro ante la mente reaccionaria que niega, que la Revolución Mexicana, sí tuvo ideología.

No esperó más Morales Contreras. Todavía en la tribuna, se tocó con su arrugada cachucha, se colocó su capa en una especie de rebolera hecha por drácula, y recogiendo su bastón, salió de la Escuela como alma que se lleva el diablo.

—¡Cómo no iba a huír —comentaba más tarde—, imagínate, hombres de la talla de Romero Flores, retando...!! ¡Qué bárbaros, abracadabrantemente bárbaros...!

Todo, al final, pasó como una gracejada del *Viejo Morales*.

Fuera de estas actividades oratorias que he procurado reseñar, avivando hasta donde es posible mis recuerdos, son un leve aspecto de la compleja vida del *Viejo*.

Hacía periodismo.. Con sueldo de *Juan* lo ayudaban en la Jefatura de Operaciones Militares —el Gral. Espinosa y Córdoba, Manuel Medinaveytia, entre otros—, para que hiciera la Revista *ACCION* y en la Escuela organizó la publicación de la Revista *Ariel*. En las páginas de estas publicaciones daba a conocer sus producciones poéticas, semblanzas de ciudades, versos y notas informativas.

En *ACCION*, periódico militar, vimos el artículo dedicado a Zamora —es el que recordamos— “acariciada por el Duero, llanto de gargantas mudas”; en *Ariel* dio a las prensas aquello de

Acaricié tu faz y era de rosa,
oí tu voz, me pareció de lira...

Entre los colaboradores que intercambiaban dedicatorias con él, estaba el inspirado cuanto sucio bardo piedadense José García Marcial, tipo rarísimo a quien alguna vez procuraremos retratar, porque vale la pena fijarlo en una página, por ser nuestra, humilde, mientras hay un verdadero panegirista de los valores de nuestro tiempo.

Una idea del estro poético de García lo darán estas líneas que recordamos, dedicadas a Morales Contreras:

E S C E P T I C I S M O S

Mecido por mis ansias de abismos en abismos
yo voy de escepticismos cubriendo mi dolor;
es árida la vida y de verdad desnuda
y es la negra duda mi escudo superior.

Mentira la virgínea tersura de las rosas
que esconden veleidosas un tóxico mortal...
Mentira del humano la cándida inocencia,
pues tiene su existencia abierta para el mal.

Mentira la esmeralda que enjoya Primavera;
mentira la primera vivida juventud;
mentira los crepúsculos que tiñen la mañana,
mentira la mundana, fatídica virtud.

Hasta la propia senda nos es desconocida;
hasta la misma vida que enfanga el corazón;
por más que escudriñemos, sólo es mentira todo
desde el negruzco lodo hasta la azul región.

Si la mentira es mala, ¿Por qué es tan asequible...?
Ella es apetecible... ¿Será buena...? ¡Quizá...!
En ella viven todos los múltiples arcanos
y a todos los humanos, desnuda se nos da.

Tal vez yo despechado comulgue en tus ideas;
tal vez como yo seas amigo del doctor;
es árida la vida y de verdad desnuda...
¡Que sea la negra duda nuestro escudo mejor...!

(José GARCIA MARCIAL).

Un poema, parece que se llamaba *Soledades*, era de los mejores de García. A él pertenecen los versos sueltos que transcribo:

Volé bajo mi palio de altivas soledades...

.....

Y me estrechó las manos el Rey del Torbellino,
y tomé mis preseas olímpicas, de Ormuz;
y realicé mis triunfos en medio del camino
con un milagro de oro y un bólido de luz.

En *Cáncer* decía:

...y llevo como internas constelaciones,
las estrellas de Cáncer en mis entrañas.

Dedicó un poema a Díaz Mirón del cual pretendía ser discípulo, lo mismo que de Leopoldo Lugones.

A su maestra de inglés le dijo:

Mary, Mary, divina paloma...
...soy alumno feliz de tu clase
y me duele en el alma que pase
como un rayo de dicho, veloz.

Cuando se celebró en el Teatro *Ocampo* de Morelia la Convención de la Unión de Partidos Socialistas que presidía Melchor Ortega, surgieron del seno de esa Asamblea michoacana las candidaturas del General Alvaro Obregón y del General Lázaro Cár-

denas, para la Presidencia de la República y el Gobierno del Estado, respectivamente. Aparte de que cuantos intervinimos en la elección obregonista aceptamos la reelección como un acto democrático, cabe recordar la intervención de Soto y Gama muy especialmente calurosa para la candidatura de Cárdenas. Dueño de la asamblea, como gran orador que es, y con el carácter de *consentido* del General Obregón que a él y a Manríque les dedicaba grandes piezas oratorios de homenaje, ni siquiera quiso que se llamara a don Lázaro, que se encontraba en la Huasteca, para que protestara: no hacía falta, el pueblo haría todo por él y de su integridad el propio orador respondía. Fue en las sesiones de esta Convención, último año de Morales en la Normal, pues hizo el plan de cinco años, que el *Viejo* demostró su capacidad, desgraciadamente abandonada, de tribuno.

Entre los amigos del Lic. Díaz Soto, iba un señor Santibáñez, líder agrarista. Este venerable anciano la emprendió en contra de la Universidad Michoacana llamándola reaccionaria, *porque en ella se enseñaba aún el Derecho Romano al fruto, al uso y al abuso*. Y como los terratenientes ejercitaban en México tal forma quiriritaria de la propiedad, y la Universidad lo hacía formar parte de su plan de estudios, la Universidad era reaccionaria.

Fue en vano que se le explicara a Santibáñez que la enseñanza del Derecho Romano no era la enseñanza de una legislación vigente, sino una información histórica indispensable. Siguió neceando. Entonces Gustavo Corona, Alberto Coria y varios estudiantes más le siguieron al orador la corriente belicosa y se armó el lío.

Díaz Soto entró al quite, sostuvo la misma absurda tesis y se pronunció no sólo por el agrarismo zapatista, sino por la desaparición de la propiedad privada. Elogió la organización rusa cuya base es el soviet y declaró que el "porvenir era de los bolshevikues". Atacó a la Iglesia Católica furibundamente y juró que la Iglesia Católica había traicionado a Cristo. Esto no era nuevo, ya en el Diario de los Debates de la Cámara de Diputados, se encuentran los discursos de don Antonio impugnando el Memorial elevado a ese Poder por el Arzobispo de México, con ocasión de la reglamentación del Artículo 130 Constitucional.

No por sus ideas anticlericales, porque todos los que nos educamos bajo el régimen del señor General Calles, anticlericales fui-

mos y por mi parte sigo siéndolo, sino por los ataques a la Universidad, Morales Contreras se enfrentó a don Antonio y lo venció. Después de refutar la fobiosa verborrea contra la Universidad, Morales tronó contra la Demagogia, y al afirmar que abundaba en la doctrina liberal de que la Iglesia Católica desde Constantino fue infiel al sublime crucificado, expresó su temor de que fuera impropio, como sistema revolucionario en el enfoque educativo, hablar a las masas, incapacitadas para teologías y distingos sutiles de cosas que no les parecían sino blasfemia. Eso en los casos de conciencias no liberadas que abundaban en la asamblea en la que había campesinos que tenían que descubrirse al pasar frente a un templo o al oír las campanadas de las doce; mientras que respecto a los hombres de espíritu libre, se les exponía al instigarlos con aquel lenguaje demagógico, a que queriendo usarlo en sus pueblos, se vieran asesinados por la espalda con el tiro alevoso o la puñalada traidora .

La asamblea prorrumpió en aplausos, y sancionó así que Morales Contreras estaba en lo justo apreciando con perspicacia y valentía el verdadero sentir de los campesinos agraristas.

Maniobras parlamentarias nulificaron el impacto que produjo aquel muchacho, pero todos convinimos en que Soto y Gama se había hallado la horma de su zapato. El mismo lo reconoció y alabó, al decir que cuando Morales Contreras hablaba, parecía que llegaba una tempestad, y que sentía que su juventud agitada había renacido en aquel joven de palabra violenta.

Posteriormente, cada vez que Morales Contreras hablaba, se jactaba de este elogio —y tenía derecho a él—, de don Antonio Díaz Soto y Gama.

Meses después, Morales Contreras *se recibía* de maestro. Y el que había sido nuestro poeta y orador, escritor, periodista, compañero y habilitado para cobrar nuestras pensiones, desapareció de nuestro horizonte. Volvimos a saber de él, en la ciudad de México.

"CON LOS BRAZOS ABIERTOS"



Macario Espinoza.

A los tres días de que el General Lázaro Cárdenas había tomado posesión de la Presidencia de la República, cuando despegaba, en Ario de Rosales, el avión en que viajaba el Gobernador de Michoacán, señor General de División Benigno Serrato, se produjo el accidente en que este gran ciudadano perdió la vida. Electo el primer domingo de julio de 1932, tomó posesión de su cargo el 15 de septiembre del mismo año y murió el 3 de diciembre de 1934.

Mi situación, en los términos rigurosamente necesarios para los fines de estas páginas, que no son la diatriba, diré que era desesperada. Los diputados en vez de constituirse libremente para designar sustituto serratista, acep-

taron como Gobernador al General Rafael Sánchez Tapia, y ello significó indicación terminante de este mandatario, para que varios dirigentes abandonáramos el Estado.

El día primero de enero de 1935, tuve que salir con Jesús Arceo Tejeda, *mi compadre Rauda*, hacia Guanajuato.

Melchor Ortega era Gobernador, y con gran hidalguía abrió las nóminas de su administración a varios compañeros y a mí.

Es digno de contarse, aunque sea lo más brevemente posible, este lance. Llegué a la ciudad de Guanajuato con 28 centavos en el bolsillo y el mismo día los gasté pagándole a un bolero.

En el *Hotel América* se encontraban Leopoldo Velázquez, Pedro Briseño, Santiago Hernández y otros amigos. Fue alguna de estas personas quien me llevó al domicilio de Macario Espinosa, —quien en los días estudiantiles, estuvo como yo, en la casa de Nacha Andrade—. Me cayó de perlas saber que trabajaba en el gobierno, y que donde estaba instalado, atendían huéspedes. ¡Llegaría allí y él sería mi fiador, como efectivamente lo fué!

Resuelto este primer problema, fuí a Palacio para ver al Gobernador Ortega y entregarle, a la vez, una carta de don Enrique Ramos.

No había en el Palacio empistolado alguno, la Secretaría Particular no sólo no se veía congestionada de antesalistas, sino que estaba sola, cosa que me expliqué después, porque el secretario Manuel Roldán cumplía en esos momentos un encargo en la Secretaría del Gobierno a cargo del señor Lic. Maldonado. En el centro de la Oficina, tenía a mi frente una serie de departamentos que fui recorriendo en orden con la mirada, hasta llegar al último, donde, detrás de su escritorio, estaba Don Melchor Ortega, riéndose de mi azoramiento.

—¡Pásele, amigo,—me gritó,— aquí tenemos las puertas abiertas y sin guardia!

Atravesé los salones, nos dimos un abrazo, entregué la carta y conversamos un rato sobre el tema obligado: la muerte de nuestro gobernante.

—No se apure, concluyó— hospédese y yo lo llamaré cuando encuentre el lugar adecuado para que colabore conmigo.

Con explicable incertidumbre narré mi entrevista a los amigos del América y por la noche a Macario que me echó un discurso optimista.

Muy de mañana ya estaábamos despiertos, porque Espinosa era *camisa roja* y se levantaba a hacer ejercicios militares, escuchamos que en el patio bajo de la casa, sonaba llamándome una voz extranjera y robusta.

—Todavía no debo a nadie aquí, —comenté riendo,— ¿quién será?

La Patrona preguntó desde la puerta de nuestra recámara si el *señor nuevo* era la persona a quien el señor Mendía buscaba, y que si éste podía entrar.

Pasó el señor Mendía, un español coloradote, alegre y robusto. Pidió ratificación de mi identidad, y una vez obtenida, me dijo:

—Vengo de parte del señor Gobernador. Le traigo dinero (tres mil pesos) y este pagaré para que me lo firme. Debo explicarle que el Monte de Piedad, en Guanajuato, es del Gobierno del Estado, y que yo soy el Gerente; cuando usted tenga sueldo me irá abonando el documento que ahora me firma. Y me voy, porque tengo que almorzar con Don Melchor en el Frontón del Departamento de Aguas.

Cualquier comentario que quisiera expresar mi pensamiento en aquel instante, sería pobre, por razones que son fáciles de comprender.

Me despedí de Mendía dándole las gracias y suplicándole que le transmitiera al señor Ortega mi reconocimiento. Aquellos dineros resolvían mis problemas: recoger de Morelia a mi esposa y a mi primogénito; organizar mi vida en Guanajuato, comenzando por aportar dinero a la señora de la casa, liberando a Macario de su generoso compromiso. Después, redimir algunas cosas pignoradas en Michoacán.

Mis amigos del América, Macario y yo, estábamos jubilosos. Celebramos, y creo que descendimos hasta las regiones del pecado mortal.

Así es Melchor Ortega. ¿Se puede no sentir una estimación acendrada por un hombre así?

Fuí nombrado Jefe del Departamento de Acción Cívica y Orientación Socialista —se trataba de encontrar la pedagogía ade-

cuada al Artículo Tercero Constitucional recientemente reformado, estableciendo la educación Socialista—; Leopoldo Velázquez fue a dirigir una Escuela Internado nueva, en Silao y con él se llevó a Jesús Arceo Tejeda; Juan Gochi se fue a trabajar con las cuadrillas que hacían la carretera nortea de Xichú.

Con el año de 35 terminaba aquel luminoso Gobierno. Anduvimos mis amigos y yo, desde nuestros respectivos lugares, en los menesteres de la sucesión.

Si Don Melchor Ortega había creado en mi beneficio el Departamento de Acción Cívica y Orientación Socialista, el señor Licenciado Manuel M. Moreno, Director General de Educación, no se comportó con menor generosidad, pues fue a propuesta suya que se me designó Inspector de la Zona Escolar de León, y se ordenó el traslado a dicha Ciudad de mi Departamento, con el objeto de atender el conflicto que se había creado al Gobierno por el personal docente que en masa había renunciado alegando no estar conforme con la reforma del Artículo 3º Constitucional, disponiendo que la educación oficial sería socialista.

Es interesante decir de don Manuel M. Moreno que era (y es) un hombre de extraordinaria cultura, Maestro en ese tiempo de Historia, con grado obtenido en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Durante su gestión, en el Gobierno de Don Melchor, al decidirse la Reforma Constitucional, redactó la correspondiente a la carta local. Consecuentemente, y previos minuciosísimos estudios, formuló el texto de una Ley que creó el Banco Refaccionario Escolar, con el objeto de que las Escuelas funcionaran como Sociedades Cooperativas: los alumnos, al inscribirse aportaban un peso y se les extendía el certificado correspondiente como miembros de la Cooperativa. Esta aportación era realmente simbólica, ya que el Banco sería el que proporcionara el Capital necesario para que cada plantel fuera efectivamente, una cooperativa de cualquier tipo. Campeaban en el pensamiento de Manuel M. Moreno las brillantes ideas de Pinterovich y la preocupación de que en Guanajuato, fuera de toda demagogia, se estableciera un sistema de Educación Socialista pero auténtico, en la medida en que ello fuera posible.

Como ya estaba avanzado el año de mil novecientos treinta y cinco, y había muchos problemas que resolver acerca de la ido-

neidad del personal, y había que seleccionarlo a modo de que se realizara un plan educativo con escuelas (cooperativas) en las que el trabajo fuera en forma cierta y eficaz la finalidad suprema, y tuvieron carácter accesorio las exposiciones académicas; y como en ese mismo año se registraron, como era natural, las actividades electorales por la renovación del Poder Ejecutivo, todo lo planificado habría de echarse a andar en mil novecientos treinta y seis. Pero antes de que llegara la fecha oportuna vino el colapso del régimen y se desperdició tan bella concepción de la educación socialista.

Ello no quita el mérito al Gobernador Ortega y a su brillante colaborador, Don Manuel M. Moreno.

Don Melchor le entregó a Yáñez Maya. Yo quedé como Inspector Escolar de la Zona de León y pocos días después el nuevo Director, José Meraz, ordenó mi traslado a la de Celaya. Allí me encontraba cuando vino el desconocimiento de poderes. Yo había presentido el colapso y me había puesto en contacto con el Profesor don Celso Flores Zamora, Director de Enseñanza Primaria en la Secretaría de Educación Pública, y él me había dicho que podía presentarme en México; que se iban a crear unas escuelas fronterizas y que se me destinaría a una de ellas. No pude lograr trabajo por dificultades con Martín Mercado y Rafael Méndez Aguirre, y fue en una de estas idas y venidas por la Secretaría, cuando encontré de nuevo a José Morales Contreras.

—Fíjate, muchacho, —me dijo después del abrazo y de lamentar mi situación,— traigo desde hace días un mensaje para tí. Don Luis Mora Tovar que fuera tu amigo inseparable, me encargó hacerle conocer su deseo de que vayas a verlo. No seas soberbio... ¡vamos, yo te acompaño!

—Mira, Viejo,— agradezco con el alma tu bondadoso consejo. Pero lo único que puedes hacer por mí, es decirle a Luis que vaya al chin-chu-chan; que a mi costa no hará el papel de generoso; que si el prócer fuera yo, suponiéndole en las condiciones mías, habría tomado mi coche para ir hasta su pocilga, a ofrecerle fraternalmente mi ayuda.

—Admiro tu bravura,—me dijo,— porque yo también soy loco. Daré tu recado con palabras textuales.

(Igual cosa me sucedió con la compañera Lola Núñez).

Pues bien, —siguió platicándome Morales Contreras,— des-

pués que me recibí, entré a servir como Profesor del Ejército, con el grado de Mayor, al igual que Monceto —Ramón Andrade—. ¿Qué, no oíste hablar de los *mayores cinismos*?

Ahora trabajo en la Secretaría de Asistencia Pública. En el Cuadrante de La Soledad, dirijo una escuela auténticamente para pobres: muchachos piojosos, desnudos casi, vaguitos de costumbres que la sociedad considera merecedoras del fuego eterno en la otra vida, y del cadalso en ésta. Yo veo debajo de estas apariencias, la figura blanca del carpintero de Nazareth.

Nuestra pedagogía —continuaba Morales Contreras entusiasmado,— es la de llenar el estómago. Primero es comer que ser cristiano. Cada quien piensa y se comporta de acuerdo con las necesidades que padece. Damos la mayor importancia a que el muchacho que recogemos deje de tener frío, deje de tener hambre. Queremos que se sienta en una casa que es de él, porque así es: el dinero del presupuesto es dinero del pueblo, y estos muchachos son hijos de la gleba. ¿Tu sabes lo que es no tener un rincón para dormir? ¿Has pasado en la calle las heladas tremendas de las noches de diciembre? En la calle las horas del desamparo son muy largas, como las del triste, que decía Shakespeare. El frío conduce a estos adolescentes, porque también los tenemos, el onanismo y al homosexualismo. Los que he podido identificar como practicantes de esos *negocios* me han confesado que lo hacían porque descubrieron que así amortiguaban el frío. ¡Ah, muchacho, el hambre es mala!

—Andas amolado y sería escarnecedor que te preguntara si has ido al cine. *Con los Brazos Abiertos* se llama una primorosa película inspirada en las experiencias apostólicas de Flannagan. Yo sueño con fundar en México una escuela semejante a la que se ve en la película. La Asistencia Pública no debe dedicarse a sostener internados para llevar allí a los hijos bastardos de los poderosos, sino a los hijos de la desgracia, a los brotes del arroyo. Quiero una escuela que no sea un florón burocrático donde se enriquezcan las ecónomas o los ecónomos, privando, en consorcio con los directores y maestros, de su pan al niño desvalido al que se les confió para que lo ampararan contra los males del vivir.

—¿Cuándo vas a visitarnos? Te enseñaré a pelar muchachos que tienen la cabeza llena de *granos*. Te enseñaré a matarles los piojos. Verás cómo se les baña, se les vuelve a vestir y se les da de

comer. No está mal nuestra escuela del todo. Pero falta mucho más, y principalmente libertad. A la vida —si eso es vida— oprimida por la miseria, en la contradictoria libertad de la calle, no hay que oponer una vida en que se consagre otra esclavitud, la de la panza, con la camisa de fuerza de los celadores, del reglamento estúpido. Hay que satisfacer la economía vital del cuerpo, complementando el trabajo con la libertad interior del hombre autónomo.

Muchas cosas más dijo Morales Contreras en aquella entrevista, pero yo la corté diciendo:

—Ten por seguro, *Viejo*, que iré a visitarte y probablemente en plan de asilado. No lo dudes, dado el cauce que han tomado mis cosas.

Y nos despedimos.

Varios meses después, caminaba yo por la calle de Donceles, a la altura del Tribunal Superior del Distrito, cuando alguien gritó mi nombre y me tocó en la espalda. Era Morales Contreras.

—¿Tienes algo qué hacer?— fue lo primero que me dijo.

—Nada, *Viejo*, y aunque tuviera, me sería grato hablar contigo un buen rato.

—Entonces, iremos al *Submarino* a tomar unas copas y luego te llevaré a que conozcan mi escuela, aquella de que te hablé en lejana ocasión.

Ya en la cantina, nos entregamos a los recuerdos, tomando él la iniciativa.

—¿Qué sería de Noemí? ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, hombre, me acuerdo, por cierto que su nombre significa, si no me equivoco; *la más hermosa*.

“No me llameis Noemí, la más hermosa, llamadme Mara, esto es Mar de amargura”. (Así cantó Amado Nervo).

—Viví con ella.

—¿Cómo, no se había casado con...?

—Sí, después de que fue novia mía. Pensando en ella escribí aquella novela que bauticé con el nombre de EL IDILIO DE DOS ALMAS. Esta muchacha tenía una formación religiosa en cierto modo puritana, porque se había educado en el credo *evangelista*.

Tenía en la conciencia la idea del bien en la forma bucólica con que lo pintan muchos textos bíblicos; en materia de amor, soñaba con la ingenua sensualidad del Cántico de los Cánticos, pero ignoraba las formas complicadas del amor en un mundo moderno. Yo amo la poesía de las escrituras, sobre todo la trascendental poesía del Evangelio; me enamora la figura radiosa de Jesús, pero hombre al fin, la poesía como expresión de suprema belleza se queda en los versículos primorosos de los *cuatro grandes* cronistas de la vida del nazareno, y yo permanezco envuelto en mis bajezas, en mi imperfección, no siéndome posible otra cosa que arrodillar mis fervores de admiración y esperanza ante los cuadros literarios que describen la vida del joven carpintero que se llamaba a sí mismo el *Hijo del Hombre*. Noemí se sentía un personaje del viejo Testamento; yo admiraba sus vivencias de virgen hebrea, pero seguía llevando en mí carne el sello de mi tiempo. Y no nos entendimos. Creyó enamorarse de un compañero nuestro muy talentoso, y le entregó entonces, porque fingía mejor, aquel tesoro de carnes morenas de macidez marmórea. Se casaron.

No duró, si es que llegó a existir, el hogar que ella había concebido; como tenía castidades de puritana, solo sabía del amor sin refinamientos, y como su marido era complicadamente difícil como amante, Noemí comprendió que su belleza morena, como el pan de trigo, había sido el único estímulo para el esposo. Y con esa voluntad tajante de las gentes que *oyen voces*, decidió el divorcio. Y entonces, volvió a mí.

Yo también la deseaba, es decir que la primera atracción que sentí de su parte, se debió al magnetismo de sus carnes duras y opulentas, pero de allí había ascendido a la estimación de su alma. Esta sublimación se intensificó al escucharle el relato de su fracaso. El simulador logró sorprenderla, pero la intuición le reveló la valía exacta del seductor, y la vida íntima le confirmó que en aquel hombre no sólo era falso el índice de la simulación, sino que padecía una insuficiencia que lo convertiría en pecaminoso.

La ternura masculina se desbordaba ante el ser desencantado, huérfano de protección. Cierta soberbia nos hace sentirnos en tales ocasiones en posesión de los poderes de Jesucristo para gritarle a la capacidad de amar fenecida, como el maestro a Lázaro: levántate y camina. Para producir el milagro, uní mi vida con la suya.

Pero renació poco a poco su puritanismo como crítica, como inconformidad por mi vida bohemia. En todo memorizador de la biblia se cuela el afán judío por la riqueza, por el dinero, porque la vida se convierta en seguridad económica, en vez de aventura cristiana en la que *cada día trae su fatiga* y en que no hay que preocuparse por el tesoro, *porque allí donde está éste se encuentra el alma* esclavizada. La despreocupación de la rosa que viste mejor que los cortesanos de Salomón, llega a verse como una locura. Tal vez porque en la mujer predomina el sentido maternal, y contra la miseria quiere preservar al marido y a la prole en que siempre piensa o sueña. Aldonza Lorenzo es el barro de Dulcinea, pero no es la señora de los pensamientos de nadie, no es Dulcinea misma, si no interviene para lograr el prodigio, la locura de Alonso Quijano, convirtiéndolo en D. Quijote. Sin embargo, no hay que condenar a la mujer por esto, que quizá en su afán está vibrando el amor como afán de inmortalidad, y en el acto amante *se conserve a través de los siglos*, como quiere Unamuno, la chispa que un día pueda ser capaz de incendiar las causas creadoras o producir gozo en la fuerza consciente “que hace girar los astros y las almas”.

Como quiera que sea, nuestras almas se orientaron hacia diferentes rumbos, y vino nuestra separación.

Me casé. Tengo una hija que se llama *Cristal*. ¿Pero te estoy poniendo melancólico?

—No. Mientras te escuchaba, recordaba épocas viejas. Dime, ¿qué has hecho de tu producción literaria?

—Está incinerada. Las mujeres celosas acabaron con ella. Y renuncié a renovar existencias, como dicen los comerciantes. Pero ya es hora de que nos vayamos. No te soltaré hasta que conozcas mi escuela. Estamos en lo que fue el Foreign Club, y como está lejos, necesitamos marcharnos.

—Como tú quieras.

—Nada más nos tomaremos otra, para que me cuentes algo de tí. ¿Ya estás trabajando?

—Sí, comencé dando una clase de Matemáticas que me consiguió el Lic. Salvador Azuela, Jefe de Acción Social en la Universidad Nacional. Después me cambiaron la materia, dándome dos cursos, por *Problemas Sociales y Económicos de México*. Gano mis buenos cuatro pesos diarios.

—¡Qué bárbaro! y ¿cómo vives?

—No sólo de pan vive el hombre, y yo vivo con el mínimo de pan.

—¿Quieres que yo hable con don Silvestre Guerrero, el Ministro de Asistencia?

—Gracias. Nada quiero del cardenismo. Recurrí a Educación Pública, en los días en que me viste allí, porque si no hubiera intentado ejercer mi profesión, se hubiera dicho que era por incapacidad. Además, ya no volveré a ocuparme de asuntos relacionados con la enseñanza primaria. Dí cualquier cosa cuando quieras expresar que aprendí a leer, pero no vuelvas a acordarte de que hice la carrera de maestro. No he de usar jamás título alguno.

—Y tu esposa, ¿piensa como tú?

—Mi esposa resultó un acierto que realmente no merecía yo. Ejemplar heroico de la mujer mexicana, ha sido en mi vida impulso positivo siempre, como el del remo en la barca, como el del ala en el pájaro. Musa y hembra, rescató mi vida para el bien y ha sido mi guía en las regiones de la derrota y del dolor. Con calor amoroso en el alma, ha seguido mi senda con los pies desnudos, vistiéndome el traje de la miseria, llevando en sus brazos al más pequeño de los hijos, con el orgullo con que lo llevaría si fuera el hijo de un rey. El corazón de esa mujer es hermosísimo, su voluntad es la del alucinado, y no sé si decir que dejó su estrella por la mía o se convirtió en estrella para servir de orientación a mi nave.

—Te felicito. Para aguantarte a tí se necesita la gracia del santo. ¿Si tu compañera hubiera sido otra, te habrías equivocado?

—Me pides que careciendo de experiencia simplemente prejuzgue, pero estoy seguro de que ninguna mujer hubiera permanecido cerca de mí. Unas mujeres son adecuadas para determinado fin, y otras para otro. Para los hombres egoístas como yo, sólo es posible vivir del sacrificio de la mujer que los siga: la mujer que multiplique panes y cambie el agua en vino.

—Pides milagros.

—No los pido, los ostento. Por eso mi esposa siempre estará en mi corazón sobre todas las mujeres, las del pasado, porque ya no las habrá en el porvenir.

—¡Qué diablo de muchacho...! No te vuelas si te digo que tu carácter es el más recio que he conocido. Te quiebras, pero no

te doblas, como dijo nuestro padre Ocampo. Pero me conmueve la ternura dedicada a tu mujer y te veo grande.

—Favor que me haces, *Viejo*. La vida educa y nada más.

—¡Vámonos!

Y salimos del *Submarino*. Tomamos un camión *San Juanico* y nos fuimos a Tacuba. Nos bajamos del vehículo cerca de un Panteón, el *Sancta Sanctorum*, y a pie caminamos hasta el viejo Forcing Club.

Me presentó Morales Contreras a su familia. Su señora, originaria de Morelia, fue muy gentil y eficaz disponiendo el servicio de la mesa. Charlamos de cosas de la vida estudiantil, pues ella conocía a toda la palomilla de nuestra generación. Así que no manifestó enfado cuando empezamos a recordar sucesos y personas.

—¿Te acuerdas de Ceja?

—¿De Leobardo? La última vez que lo ví fue en Querétaro, como Secretario de la Dirección de Educación. Está casado y tiene varios hijos.

—Al dedicarse a la profesión, ese muchacho se malogró, lamentó Morales Contreras,— era un joven con grandes cualidades para la política.

—Y aquí en México, ¿Quiénes tienen relación contigo?

—Todos y nadie. Todos, porque para mí siguen siendo compañeros de siempre; nadie, porque casi no nos juntamos. México es así: dificultad para el contacto, a pesar de los coches, los trenes, los teléfonos. La ciudad es mala, porque se traga al hombre íntimo.

—¿No los has invitado a trabajar en esta escuela?

—No, porque dicen que estoy loco, y con esa mentalidad de nada me servirían. En mi examen recepcional, recordarás que dije: ESTA TESIS NO ES MI TESIS, y con ello quería expresar que aquel papelucho que estaba leyendo era un comprobante de esquizofrenia exigido por el reglamento de la escuela, porque ninguna conexión vital tenían aquellas palabras con la realidad. Devaneos y nada más que devaneos son todas esas necesades de la pedagogía.

El único error que debe evitar el hombre es de “no comprender la vida”, y cualquier otro saber es pedantería. Todas las disciplinas, por lo menos así llamadas, conexas en un plan de estudios para

normalistas, pueden servir como noticias de experiencias ajenas en el trabajo de auxiliar la conciencia de los niños para incorporarlos al afán humano de un orden que lo garantice en vías de progreso integral, al desarrollo del viejo *ethos* griego. Pero querer en las escuelas normales, importando siempre el material informativo, convertir al estudiante de la carrera en un conejo de indias de la investigación pedagógica entendida como formulario de la conducta magisterial, es una majadería. Para ser maestro hay que ser hombre, es decir, tomar posición en la vida y respecto a sus valores, lo que equivale a conocer los problemas del pueblo y dedicar la escuela a satisfacer necesidades, las necesidades de todos los órdenes que imperan en el medio social.

—Vamos a conocer la escuela, y verás cómo a la distancia de muchos años, es ahora cuando podría decir a mis sinodales: ESTA TESIS SI ES MI TESIS. Recorrimos la escuela, efectivamente, y me enseñó Morales Contreras, antes que nada, la cocina en pleno trabajo, y la despensa bien provista. Luego fuimos al comedor en el que quedaban comensales rezagados a los que interrogué solo y con cuestiones crudas. Seguimos por los dormitorios magníficamente acondicionados en un amplísimo, ventilado y luminoso salón. Pasamos después por las aulas y retirándome de Morales Contreras conversé con algunos maestros. Visitamos a continuación la alberca y el campo deportivo.

Pude así darme cuenta de que aquel establecimiento estaba organizado para constituir un hogar liberal de los muchachos llamados vagos, perdularios, golfos, muchos de ellos conocedores de las artes de Monipodio, con récord y ficha de malvivientes en las instituciones penales. Bajo la inspiración, en el sentido estricto, de Morales Contreras, los muchachos se habían organizado en sociedad de alumnos con el objeto de discutir y aprobar un plan disciplinario que por principio de autogobierno pusieron en vigor. Siendo el oficialmente Director, el jefe de asesores, cada maestro cooperaba en igual sentido, considerándolo además como autoridad ejecutiva al estilo de un papá demócrata. No había rigidez programática ni reglamento inflexible, aquello era algo así como una democracia antigua, un gobierno de los llamados *directos*. Si los huéspedes de aquel hogar o hijos de la escuela, —la denominación era indiferente,— querían permanecer allí, como internos, permane-

cían; si deseaban estar nada más de día, sólo de noche, un rato, fuera la hora que fuera, así se hacía. Asistían a clases sin ninguna exigencia de horario, salvo que las exposiciones seguían el modelo de *clases movibles*; los que deseaban hacer deporte, lo hacían a la hora que lo estimaran conveniente, y lo mismo sucedía con los servicios de comedor: eran permanentes. El uniforme era una unión de mezclilla azul y cada muchacho disponía de doble atuendo. Con *voluntarios* se había formado la banda de guerra, un orfeón, un cuerpo de vigilancia, un cuerpo de servicio —no había servidumbre pagada por el erario— que era numeroso y trabajaba por turnos. Lo curioso es que había un orden admirable, porque cualquier caso que se notara como funcionamiento *negativo* ameritaba deliberación de la Sociedad y sus asesores y de estas asambleas resultaban las sanciones casuísticas, adecuadas a las circunstancias especiales de cada problema. La autonomía, la libertad, se establecían absolutas, sin más límites que el igual derecho de todos al ejercicio de tales facultades, y como las asambleas deliberando sin presión alguna juzgaban sobre hechos, era fácil localizar la falla y determinar su corrección.



D. Melchor Ortega.

Algo muy importante preocupaba al Director y era la terminación de *murales* que había encomendado al michoacano Luis León. Era en el salón de actos donde se estaba trabajando. Allí pude ver los bocetos de Luis, —viejo compañero mío en el Seminario y que desgraciadamente no se encontraba en el plantel durante mi visita— que me parecieron valiosos por el colorido, aunque la intención manifiesta era de índole *orientadora*. Al estilo de los cuadros que el positivismo francés dedicó a la enseñanza objeti-

va, León picturizaba la teoría de la evolución, mostrando en cuadros sucesivos, concatenados por la intención, lo que podría llamarse origen y evolución de los seres vivientes.

Terminado el recorrido, del cual en verdad estaba yo muy satisfecho, abordamos a un nutrido grupo de muchachos a quienes Morales Contreras me presentó. Se comportaron con soltura y con una fácil cortesía.

—¡Valuntarios!... —gritó de pronto Morales Contreras.

—¿Para qué. Maestro?

—Para mostrar a nuestro amigo y visitantes algo de lo que sabemos hacer... una canción, unos versos, lo que se pueda. Si hay voluntarios, estamos en mis habitaciones.

Acabábamos de llegar a la salita de las habitaciones, y apenas nos servía la esposa de Morales Contreras unas buenas tazas de aromado café de Uruapan, cuando ya los muchachos entraban, en grupo considerable, llevando una guitarra.

—¿Qué van a cantar, jóvenes?—les preguntó Morales Contreras.

—*Adiós, Mariquita linda*, Maestro.

A dos voces y acompañados por la guitarra, cantaron los muchachos la bella melodía del tacambareño Marcos Jiménez; entonaron luego otras composiciones delicadas, entre ellas dos muy viejas:

Uruapan es más lindo
de todo Michoacán...
y son las uruapenses
de gracioso mirar.

Es un paraíso
muy escondido
donde los ángeles
entonan himnos de amores...

Es ésta una composición que se atribuye a un ciego. No se canta generalmente, sino por gentes muy viejas, y cuando se toca, casi siempre es en grabaciones de la melodía ejecutada en órgano.

La otra canción es muy melancólica y sólo recordamos estas palabras:

Tristísimo es llorar cuando la pena
al angustiado corazón devora.

El último número del improvisado programa fue una especie de himno del cual recogimos estos versos:

Somos los hijos de los de abajo.
¡Gloria a la excelsa Revolución...!

Las tardes estaban dedicadas, en la escuela, al trabajo de taller. Había solamente los de Carpintería y Hojalatería. Morales Contreras estaba gestionando un presupuesto más amplio para que el aprendizaje de oficios viniera a complementar su esfuerzo pedagógico en favor de la rehabilitación social de sus muchachos.

—De nada sirve que el muchacho sepa leer y que transitoriamente resolvamos los problemas que lo asedian en su condición de indigente. *El hambre es mala* —agregaba recordando el punto primero de las consideraciones en que fundó ante el Secretario de Asistencia Social su proyecto para la creación del establecimiento que ahora dirigía.

En los talleres se seguía cultivando al muchacho con absoluto respeto a sus inclinaciones, y a su manera de interpretar la disciplina natural del aprendizaje. Lo que en los talleres se produjera sería vendido en exposiciones; una tercera parte de la utilidad se destinaría al plantel, y dos terceras partes serían repartidas entre los alumnos obreros, proporcionalmente, según las bases que fijara la Sociedad de alumnos asesorada por el Director y personal docente.

Se afanaba Morales Contreras por lograr una gran variedad de oficios, porque quería producir obreros calificados. Después que los obtuviera, trataría de conseguirles trabajos con instituciones oficiales o descentralizadas, pero en las que los contratos de trabajo no fueran leoninos. La escuela se convertiría, pues, en el momento oportuno, en una agencia de colocaciones para los trabajadores formados por ella.

Muchas veces más visité aquel establecimiento, hasta que salí de México para ir a la *cita con el pueblo* en 1940, propugnando la llegada de Almazán a la Presidencia de la República.

Cuando regresé a la capital, tuve noticias de que la escuela del *Viejo* había sido clausurada quién sabe por qué motivos. Tal vez por el contenido anarquizante del pensamiento de su Director; tal vez por intrigas despreciables de esos especímenes que tanto abundan entre el Magisterio y que buscan siempre, como el sapo de la fábula, algo luminoso sobre qué arrojar la baba de su oscuridad, baba de envidia, de ambición, de miseria.

Pudo ser también que el Departamento Escolar de la Asistencia haya estado en manos de algún cretino, y por no satisfacer el establecimiento las exigencias de la rutina, o por no haber proporcionado el Director a costa de reducir raciones a los alumnos, los envíos clandestinos de provisiones a la casa de los jerarcas burocráticos, se haya combatido la existencia de una casa-hogar como aquella que amparaba a los vagos de México ante las inclemencias del hambre, del frío y demás circunstancias causales del mal vivir, incluyendo en ellas haber nacido de los padres que no quisieron o no pudieron honrar, cumpliendo sus deberes, la condición del ser humano. Quizás haya intervenido alguna Sociedad o Comité moralizadores, de esos que censuran películas, queman periódicos, critican las modas, añorando en sus luchas por convertir la sacristía en templo del supremo saber y del arte de vivir, los dichosos tiempos de los Inquisidores, seguidores directos o epigonales de Domingo de Guzmán.

Cada vez que tuve oportunidad de informarme del paradero del *Viejo*, recibí respuestas ambiguas. Realmente nadie sabía de él, ni domicilio ni ocupación, y ello revela el interés que en la vida moderna suele tener un hombre por otro, así sea compañero de profesión, paisano o hermano de aulas.

Yo mismo, dejé de procurarlo el día que me dijeron que cuando se cerró su escuela del Foreign Club, edificio que él había escogido para clavar la bandera de la caridad, allí donde una camarilla política había derrochado dinero de la nación en juegos de azar, decepcionado y colérico, decidió ir a dar clase a los leprosos.

Tuve miedo, porque nada raro me parecía que un hombre de los arranques impetuosos de Morales Contreras, se hubiera lanzado al peligro en un gesto de desprecio a los hombres y de desprecio a la vida. Algo de genial había en él, y como escapaba a su mente, que yo imaginaba ofuscada por haber visto derrumbarse una

institución que el más delicado amor humano inspiraba, lo que en su escuela había sido norma: la positividad de los hechos o sea su resultado favoreciendo la vida-creación, conservación, desarrollo, vigorizamiento, progreso de algo—, de nada me servía recordar que tenía hijos y esposa a quienes debía preservar de cualquier peligro.

Como no he vuelto a verlo, no he podido confirmar si fue cierto o no, que entró en contacto con aquellos que en la Biblia se llamaron impuros. Tal vez él mismo lo niegue a la distancia en que nos encontramos de sus crisis, pero también he pensado en la espantosa versión como un medio amistoso que sus compañeros encontraron para aislarlo, celosos de su iniciativa, de su virtud, y de su luminoso ensueño.

¡El aislamiento de Morales Contreras! Si mi potencialidad como ser sociable se representara gráficamente, podría dibujarse un cactus cualquiera erizado de fuertes púas. Mi aislamiento se explica, pero ¿el de Morales Contreras? El es un sensitivo, aparentemente egocéntrico, pero, en el fondo humilde, armónico. ¿Por qué entonces nuestro Estado no le ha conferido jamás honor alguno como poeta, como orador, como maestro? Cuando profesamos doctrinas sociales avanzadas, y luchamos por ellas con el fervor de quienes proviniendo de parias no podemos hablar de revolucionarismo con la mueca del simulador; cuando nuestra capacidad para ese esfuerzo combativo es relativamente valiosa; cuando ningún desengaño ha sido capaz de ponernos bajo las banderas de nuestros enemigos naturales, capitalistas y clericales, no deja de ser extraño que hayamos sido relegados por quienes han sido llevados por las fuerzas históricas a ocupar puestos claves en la política de México. Si se tratara de gentes de camarilla, nada raro se registraría, porque al fin y al cabo tendríamos que juzgar la actitud de cortesanos, arrivistas, hábiles para toda clase de menesteres, menos para sentir la divina embriaguez de ser hombres; pero si el olvido, la hostilidad provienen de quienes se postulan como conductores de pueblos, ya sea bajo las formas ordinarias de una simple jefatura, ya bajo los estandartes iluministas de un destino mesiánico, ¿cómo explicarse que se evite nuestra presencia en las filas redentoras?

A mí se me ha acusado de almanista, de serratista, de sinarquista. Ninguna de las tres cosas constituye delito, pero aún sien-

do así, y que yo hubiera sido sinarquista —porque los otros dos *istas* me enorgullecen— mi Estado ha tenido diputados federales que fueron almanistas, en la Presidencia de la República ha habido Secretarios Particulares serratistas, y en el Congreso Local ha habido representantes sinarquistas. No es esa, entonces, la causa por la que se me ha repudiado y hostilizado. ¿Cuál es, dime cuál es, ¡Oh, Viejo Morales!...

Del examen de las cualidades personales del *Viejo* pueden obtenerse para contestar la pregunta arriba formulada algunas conclusiones. En cierto modo, Morales es un ácrata. Le gusta la autoridad que emana de su propia conciencia, pero aborrece ser el engrane de una máquina cualquiera. Orador, poeta y maestro tienen por denominador común al hombre. Piensa que nada puede ser si no es bajo la operación sagrada de un principio de individuación. Concibe el colectivismo como un instrumento que se traduce en fuerza, pero a ésta le señala el destino del beneficio para cada individuo.

Puede seguir a un hombre y obedecerlo, propagar sus ideas, siempre que hombre e ideas se le den como un mensaje a su convicción en vez de ser una consigna.

Diafanamente puede explicarse así la orfandad de éxito que el Viejo Morales Contreras lleva gloriosamente a cuestas. No es pieza de ajedrez, no es pieza de máquina; no es caballo para aceptar jinete, ni rienda o bozal. Es hombre.

Y por ahí va, seguramente, “hosca la frente y la conciencia pura, a juicio de los astros y las cumbres”.

—No te apures, hermano,—parece decirme,—deja que triunfen los alcahuetes, los botafumeiros, los castrados, los constabularios. Cooperan olvidándonos, hostilizándonos, a lograr la suprema negación. Y cuando esto haya ocurrido, cerrándose el cielo de la subversión de valores, un mundo nuevo ha de nacer y en él “cantarán los pájaros como en el primer día”. Entre tanto, proyectémonos en la obra del pensamiento —Platón hablaba de engendrar en el espíritu—; proyectémonos en nuestros hijos que también a través de la carne se consuma aquella génesis— y ya sea como viejos, si nos es dado contemplar la nueva aurora, o como caudal de música en el alma de nuestra descendencia, estaremos en actitud estatuaría,

afanosa por el júbilo de la eternidad, CON LOS BRAZOS ABIERTOS.

México, D. F. a 4 de julio de 1965

Las anteriores notas que terminé de escribir en la fecha que las calza, comprenden, como es natural, las informaciones relativas a José Morales Contreras, hasta esos días.

Ahora, sé que vive, como siempre, en el seno de su familia. Cristal y Pino, sus hijos, han endulzado con su buena conducta y éxitos estudiantiles —ya son profesionistas— los días maduros de mi amigo. Lupita, su esposa, a quien tan especiales consideraciones debo, preside el hogar “como ama y señora”. Al publicar este folleto les deseo a todos los miembros de la familia Morales Campos, como siempre lo he hecho, el mayor grado de felicidad en esta vida que tiene de todo: júbilos y tristezas. — M. L. P.

* * *

A P E N D I C E S

P r e f a c i o

VERSOS...! Palomas azules que revoloteando
llegan hasta mi mente loca para acariciarla; sueños
color de rosa, cantos de Hadas... eso son los
versos para mí.

Por eso los amo, por eso los adoro...
y por eso, cuando *lloro* las tristezas de mi alma,
voy a ellos, para estar con ellos, para vivir con
ellos, para soñar con ellos...
y por eso cuando soy desgraciado los busco...
y por eso cuando la nostalgia me baña, los llamo,
para encontrar en ellos los amigos, los hermanos,
los consejeros.

Hoy, los hermanos versos, vienen a mí, para
dar la tranquilidad soñada que me baña y, al traducirlos
al papel, se desprenden en forma de mariposas
azules que dan caricias a mi mente loca.

En los versos míos no hay pensamientos sublimes...
ni traducción de sueños...
* no hay palabras empapadas en literatura mística...
ni literatura clásica.
¿Qué hay en mis versos...?
¿Qué son mis versos...?

En mis versos hay desahogo de mis pesares...
en mis versos hay representación de mis tristezas...
en mis versos está el retrato de mis dolores.

Mis versos son:...

corrientes de agua desbordadas del oceano furioso de mis pensamientos; como brisas escapadas del huracán de mi vida.

Este Poema fué inspirado al recuerdo bendito de unos ojos negros; fué inspirado, al rememoramiento de una faz morena en la que sueño...

y por eso, este Poema, es para esos ojos, es para esa faz, porque de élla es, porque para ella fué escrito... todo ... todo...

Todo mi ser está en él y, en él está toda la fuerza de mi esperanza, de mi fé, de mi amor...

* * *

La Confesión de mi Culpa

I

Triste y solo estaba
como negro espectro,
en la nave grandiosa y oscura
llena de misterio;
y allá en el fondo,
como rey soberano del templo,
un cirio gigante lucía
su llama de oro sobre el fondo negro;
el órgano sacro,
tras de mí, altanero,
no dejaba escapar ni una nota
de su oscuro seno.

Nadie que atrevido
turbara el silencio,
ni hasta allí llegaba
el rumor quejumbroso del viento.

Mi alma triste, enferma
de dolores que embargan mi pecho,
fué a la iglesia solitaria y mística
en pos de Consuelo;

en busca del hombre que lleve en sus manos
el perdón del cielo,
para el alma que ha sufrido tanto,
que llora los males, del vicio o del cieno...
en busca del hombre,
a quien confiar sus silentes secretos,
a quien pedir esperanzas de vida
por el Ser Eterno.

Pensamientos umbríos y trágicos
cruzaban mi mente, y un oscuro velo
cobijaba las cosas del mundo
(perdidas quién sabe en que parte)
en aquel momento;
voces melancólicas hablaron muy pálido;
hablaron muy quedo,
diciendo a mi oído cosas ardorosas
que incendiaban mil veces mi pecho.

II

En el piso duro...
unos pasos sonaron muy lentos,
aumentando del recinto triste,
el indecifrable enigma del misterio.

I entre las penumbras,
saturadas de luto y de miedo
apareció otra sombra, la de un sacerdote,
como las sombras, vestido de negro;
se arrodilla sobre las canteras húmedas calladas,
las del pavimento...
y sus labios dijeron palabras
dedicadas al Dios de los cielos.

Pasó por sus manos
el rosario que pendía del cuello,
acariciando las cuentas benditas
del fiel consejero.

Después... con sus pasos pausados y secos
fué al confesonario y ocupó el banquillo,
y llamó a las almas
que buscan Consuelo.

III

—“Habla, dí tus culpas,
que Dios es tan bueno,
que perdona a sus hijos amados
y borra sus culpas, y olvida sus yerros”.

Así habló el anciano
tan quedo... tan quedo...
que su voz parecía haber nacido
de un sepulcro muy hondo y... muy negro...

—“Señor, he pecado...
y es tan grande mi culpa que creo
que el Dios infinito no sabrá otorgarme,
el perdón que imploro, el perdón que quiero;

“un crimen sin nombre
que me llena de pavor eterno,
que me ha hecho vivir en las llamas
de un horrible infierno;

“he buscado el perdón sin descanso,
sin que sean escuchados mis ruegos,
y no he encontrado el agua
que calme un instante la sed que padezco;

“Señor, he sufrido tanto...
y en busca de vos hoy que vengo,
no neguéis el perdón que os imploro,
no neguéis a mi alma un Consuelo;

“y si habéis apurado
dolores intensos,
dadme un sorbo de liquido sano
que me arranque el sufrir y el tormento”.

IV

De mis ojos cansados y ardientes
que hacia tanto tiempo no estaban serenos,
escapábanse lágrimas rojas de mi sangre,
al hervir el fuego.

—¿“Cual tu culpa ha sido...?”
¿Cuál el mal que has hecho...?”
¿Por qué tu conciencia te hiere y te quema,
trayendo a tu mente odiados recuerdos...?”

“Hijo mío, confiesa,
dime tus dolores que yo seré bueno,
y sabré ofrecerte el sorbo que pides
del agua que calma todos los tormentos”.

V

La iglesia seguía
durmiendo sus sueños;
y solo la llama del cirio
como rey soberano del templo,
formaba penumbras de luto, de enigma,
de grandes misterios...
que envolvían a mi alma sufriente
de profundo miedo.

VI

—“Van tres años, señor; sin embargo
no ha querido el tiempo,
que encuentre la dicha que busco
en este infelice desierto.

“Era una mañana
del mes de febrero,
cuando empezaron en mí los dolores
que me hieren a cada momento.

“Ella... ella era morena,
de un trocito de aurora formaron su cuerpo,
y sus ojos eran como hechos de noche,
muy negros... muy negros...”

“Al mirarla, señor, en mi alma
sentí que clavarón puñales de acero,
y me abrían profundas heridas, muy hondas,
en medio del pecho.

“Cual si un rayo encantado y ardiente
incediera la sangre que tengo,
se formaron volcanes rugientes
en mi pensamiento...”

“Amé aquella estrella
que daba miradas como los luceros...
sin acordarme, señor, ni un instante
que soy un gusano, que soy un insecto,

“Desde entonces, señor, fui su sombra
dondequiera seguía mi intento,
y quise decirla que yo la adoraba,
como adoran los niños al cielo.

“y quise decirla:
que la amaba con todo mi esmero.
I solo entonces, señor, me di cuenta
que soy un gusano... que soy un insecto.

VII

“.....Tantas veces pensé en olvidarla
para dar a mi pena un Consuelo;
tantas veces, señor, he querido
cubrir con un velo

“los dolores que sufre mi alma,
apagar un instante este fuego
que encendido se encuentra en mi vida
con candentes cenizas de tiempo;

“se cruzó en mi camino, señor, tantas veces,
en todos los puntos, a cada momento,
haciendo que las cenizas, casi ya apagadas
siguieran ardiendo;

“que huí por los mundos
en busca de olvido, muy lejos...
más cuando aumentaba la enorme distancia
mis dolores eran, muchos más intensos;

“cuando triste y solo
vagaba sin rumbo por el yermo suelo,
venía a interrumpirme dolorosamente
tan burlado sueño;

“llamando mi mente,
de la estrella los tristes recuerdos,
y amándola tanto, señor, que sufrir más
no pude... no puedo...

“y volví a la tierra
donde vive la rosa que anhelo,
donde vive la virgen morena
de los ojos negros;

“y busqué el olvido
en copas de vino, y que lentos
se escaparan todos mis dolores,
todos mis recuerdos;

“y en las heces de todos los vasos,
y en los vinos rojos y en los vinos negros,
no encontré el olvido que tanto ambiciono,
no encontré la dicha siquiera un momento.

“y busqué el olvido
en los placeres infames, terrenos,
donde la vida es feliz por instantes,
porque se compra el amor con dinero;

“estuve en los brazos
de mujeres que dan embelesos,
saboreando en la miel de sus labios
la caricia de todos los besos.

“y busqué el olvido,
escuchando de cantos los ecos,

que trinan las aves en las madrugadas
formando trinar de salterio;

“pero nunca pudieron borrar
del amor los dolores que tengo,
ni el murmullo de todas las luces,
ni de las aves el dulce gorgojo;

“y busqué el olvido:
vagando en las noches de místicos sueños,
aspirando de flores la esencia,
embriagando mi pecho en deseos;

“y en las frondas oscuras y frescas
que traían a mi mente recuerdos,
busqué el agua sabia
que aplacara mis grandes tormentos.

VIII

“Soñé transformarme
en estrella gigante y mi anhelo,
conquistó mil aplausos que hiciéronme altivo,
muy grande y soberbio;

“y una augusta corona de triunfos
circundaron mis sienes de sombra y misterio,
y mi espíritu obtuvo
flores mil en mi largo desierto;

“pero nunca alcancé de la niña
de los ojos negros,
ninguna sonrisa de sus labios rojos,
ninguna palabra bañada de fuego.

IX

“Señor, he pasado . . .
por tantos azares y tantos desvelos,
queriendo encontrar el olvido
para tantos mis crueles recuerdos;

“que no hallo en mi mente,
un capricho nuevo,
en que buscar con la fé que he tenido
el agua que apague mi ardor y mi fuego;
“he ido a la ciencia,
y la ciencia me dice al momento:
que soy un gran loco,
que solo me curo tomando un veneno;
“otros hanme dicho:
que con una bala de plomo o de acero,
atraviase mi débil cabeza
que haga pedazos mi loco cerebro;
“que solos...
y nada más que éstos,
son para los males que he sufrido, Padre,
únicos remedios.

X

De mis ojos cansados y ardientes
que hacía tanto tiempo no estaban serenos,
escapábanse lágrimas rojas de mi sangre
al hervir en el fuego.

Mientras que el anciano
al oír de mi culpa el acento,
él también lloraba
como si sufriera todos mis tormentos.

XI

Hablóme el ministro:

—“Y por qué no buscas
en la palabra de Dios el Consuelo,
en sus santos brazos
dormir con descanso un momento...?”

—“Dios es el amor, sin embargo,
cuando el amor para mí no lo tengo,
que ese Dios que se sueña no existe,
lo veo... lo comprendo...”

—“Luego entonces ¿si en Dios no has creído...
qué buscas ahora en su templo...?”

—“Que me deis una copa de olvido...
que me deis una copa de olvido, señor,
.....que me muero.....

.....

—“No hay para tus males
eficaz remedio,
y el grande dolor que padeces,
no puede curarse, no tiene Consuelo;

“sin embargo, loca alma que sufre
las penas formadas de negro silencio,
yo debo curarte, yo debo decirte
cuál es el camino, cuál es el sendero:

“Conquistad la llave
de los infinitos... profundos misterios
y que tu cuerpo repose en la tumba
y tu espíritu vague por los cementerios...”

XII

La iglesia seguía
durmiendo sus sueños, y sólo la llama del cirio
como rey soberano del templo,
formaba penumbras de luto, de enigma,
de grandes misterios,
que envolvían a mi alma sufriente
de profundo miedo.

José MORALES CONTRERAS

Acaricié tu Faz . . .

De mi inédito ELIAZER.

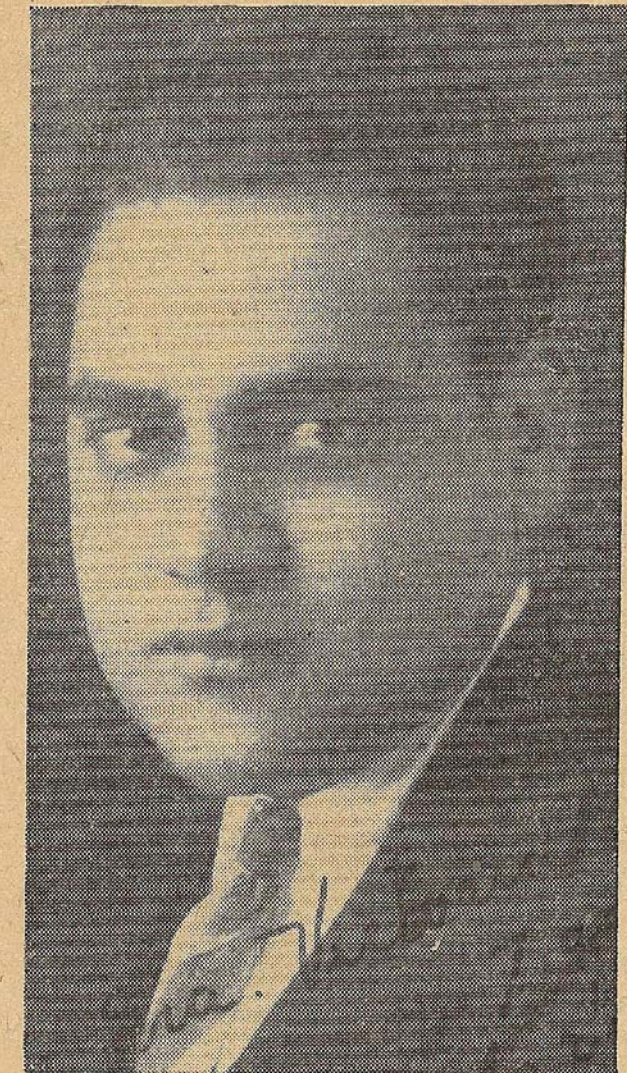
Acaricié tu faz y era de rosa;
oí tu voz, me pareció de lira;
tus manos contemplé y eran de diosa
y tus ojos de virgen que suspira.

Tus sueños como blanca mariposa;
tu mente como un hada que me mira;
tu risa como charla escandalosa
de un jilguero que sueña y que delira.

Quise encontrar la luz y fui a tus ojos;
encontré fuego ardiente en tus sonrojos
y en tu amor infinito la victoria,

y en un arranque de locura ardiente,
puse un beso en tu boca sonriente
y en ese beso me encontré la Gloria.

José MORALES CONTRERAS



Pedro Pérez Villalobos con el atuendo que usó en su examen recepcional. Inolvidable amigo y compadre.
"Se fue antes".



El actual Senador, Lic. Manuel M. Moreno, al centro. Lo acompañan Ignacio Serrano y Manuel López Pérez, en una visita a la Escuela Normal de León. Moreno era entonces Director General de Educación del Gob. del Estado de Guanajuato.

INDICE:

La Confesión de mi Culpa	7
En la Escuela Normal	25
“Con los Brazos Abiertos”	45
Apéndices	65

TALLERES LINOTIPOGRAFICOS DEL GOBIERNO DEL ESTADO.
ABRIL DE 1966.

Ha publicado: **La Mujer en el Drama del Mundo; Homenajes, Instantáneas. La Banca Roja.** Tiene en preparación: **Juan Trinidad, Comunista, El Compá José, Columnarias, Crónicas Estudiantiles, Poemas** y otros varios trabajos.

(Datos tomados de la ficha que corresponde al autor en el Diccionario Michoacano de Historia y Geografía, por el Maestro J. Jesús Romero Flores, editado en 1960, por el Gobierno del Estado).

“A pesar de todas las adversidades, no obstante las antipatías que despierta un hombre que nunca ve grandes, con idolátrica grandeza, a los hombres que trata, así como tampoco los ve con la actitud que se dedica al microbio —y ello, porque no los ve de rodillas ni tampoco desde una torre— es nuestro amigo López Pérez —quírase o no— un michoacano que ha ganado lugar entre las personas más valiosas de México quienes lo han distinguido con su trato: Caso, Vasconcelos, Fabela. Y estas nobles amistades han reconocido también, y estimulado, al hombre que como simple aficionado, pero con afición fervorosa, ha gastado alguna parte de su tiempo a cultivar las bellas letras.

(Othón Sosa Piña. — **Semblanza de un Michoacano**, discurso pronunciado en honor de Manuel López Pérez, al aparecer LA BANCA ROJA, en la comida que se le ofreció en los Viveros del **Porque Juárez**, el 26 de noviembre de 1961, con la presencia del Lic. David Franco Rodríguez, Gobernador del Estado, al que se debió la publicación del libro, acompañado de sus más distinguidos colaboradores). El Folleto que se cita fue editado en La Piedad de Cavadas, en diciembre de 1961.

Nombre de archivo: EL VIEJO MORALES
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos\VARIOS YA CONVERTIDOSPDF\LIBROS DE MANUEL LOPEZ PEREZ
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 02/03/2011 10:17:00
Cambio número: 7
Guardado el: 02/03/2011 13:44:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 210 minutos
Impreso el: 31/10/2011 12:32:00
Última impresión completa
Número de páginas: 80
Número de palabras: 12 (aprox.)
Número de caracteres: 69 (aprox.)